



BOLSILIBROS
EASA

TERROR



PAOLO
MURRAY

**RISAS DE
HORROR Y MUERTE**
LAND GREY

TERROR &



RISAS DE HORROR Y MUERTE

LAND GREY

TERROR
© LAND GREY

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero Publicación
semanal Aparece los viernes
I S. B N. 84-06-01544-6
Depósito legal: M. 38.496-
1978

Printed in Spain LITOPRINT.
S. A Villafranca del Bierzo, 32
Fueniabrada (MADRID)

EDITORIAL ANDINA, S.A.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

PAULINE empujó suavemente el cuerpo del hombre que yacía junto a ella. Su acción fue mal acogida y un gruñido varonil fue la respuesta que obtuvo el hecho.

—No creas que a mí me gusta que te vayas, François. Pero tienes que atravesar las dunas y eso puede ser peligroso de noche.

François Duval no pareció muy convencido porque apartó con cierta brusquedad el brazo femenino y buscó con sus manos el cálido cuerpo de ella.

—¡Bah! Déjame un rato más, preciosa...

—No, François... Anda, no seas perezoso...

El hombre, de mala gana, apartó de un tirón las ropas cameras, sentándose en el lecho. La débil luz del exterior atravesando los cristales de la ventana, reveló su amplio pecho cubierto de un vello rizado y negro.

—No sé que te preocupa —refunfuñó—. Tu marido no regresará hasta mañana.

—Armand no me causa ninguna inquietud, querido. Ya sé que hasta mañana no me verá obligada a soportar su presen-

—Entonces, ¿qué?

—La noche, François. Esta granja es muy solitaria y me desagrada la idea de que tengas que atravesar las dunas hasta llegar al pueblo.

—¡Las dunas! ¡Las dunas! ¿Qué demonios tienen las dunas? Son iguales de día o de noche digo yo.

El hombre posó sus desnudos pies en el suelo abandonando el lecho y poniéndose en pie. Quedó así revelada su alta estatura y sus fuertes y poderosos músculos.

—¡Tonterías! Me basto y sobro para defenderme de lo que sea. Conozco perfectamente las dunas y no tengas miedo, que no me perderé. Peor sería atravesar los pantanos. Allí, un mal paso... ¡y adiós! Lo que a ti te ocurre, Pauline, es que estás obsesionada con esas misteriosas risas que dices haber oído...

—¡No las menciones, por Dios! —se descompuso el semblante femenino—. Te juro que no son figuraciones mías. ¡Las oí! ¡Era un sonido horrible, François!

—¡Bah!

El hombre continuó hablando mientras procedía a vestirse.

—Dices que oíste unas risas espantosas, pero cuando te asomaste a la ventana no había nada de extraordinario afuera. ¡Nada! ¿Qué quiere eso decir? Que todo son imaginaciones tuyas, Pauline. Lo que te ocurre es que la vecindad de la Casa de Salud del doctor Moreau te produce miedo, ¿no es eso?

¡La Casa de Salud!

Al oír aquel nombre en boca de su amante, Pauline se estremeció. Ya era bastante desagradable verse obligada a vivir en aquella finca alejada del pueblo. Pero el hecho se agravaba ante la relativa vecindad del enorme caserón dedicado a la reclusión de locos. Por la comarca corrían muchas hablillas respecto al establecimiento en cuestión. Se decía que su director, el doctor Moreau, tenía sus facultades mentales tan alteradas como las de los desdichados dementes que tenía bajo su cuidado. En realidad Moreau poco era lo que hacía para desmentir las murmuraciones. En las contadas ocasiones que aparecía por el pueblo siempre lo hacía mostrando un semblante hosco, como si estuviera enemistado con todo el mundo sin poner de su parte lo más mínimo para establecer un vínculo de cordialidad con los lugareños. Acaso él no lo pretendiera, pero el hecho era que su establecimiento, y él mismo, estaban rodeados de cierto aire de sombrío misterio. Los aldeanos comentaban que en la Casa de Salud se producían hechos espantosos y que en el interior de sus muros reinaba el horror y la tragedia. Simples leyendas, quizás. Pero para muchos, estas versiones eran poco menos que artículos de fe.

—Te aseguro, Pauline, que todo lo que se dice sobre la Casa de la Salud son puras patrañas. Créeme, querida, sé lo que me digo.

François, ya enteramente vestido, se inclinó sobre la mujer para besarla.

—De manera que no hay motivo para preocuparse, «cherie». No vuelvas a sentir esos miedos, «ma petit», que no hay motivo. Bueno, ¿cuándo volveremos a vernos?

Pauline se había sentado en la cama y abrazaba al hombre inclinado sobre ella.

—Ya te avisaré, «mon amour». Por ahora, no tengo ni idea de cuándo hará Armand el próximo viaje de negocios. Pero, por el «bon Dieu», prométeme, François que tendrás mucho cuidado.

—¡«Oh, la, la»! Pero ¿de qué, mujer?

—No me gusta que atraveses las dunas por la noche. ¿Por qué no te fuiste cuando aún era de día? ¡Ya sé, ya sé! Yo también soy culpable al retenerte tanto tiempo a mi lado. Nunca encuentro la hora para separarnos.

El hombre le cerró los labios con un beso y abandonó el dormitorio. Hasta ella llegó el rumor de los pasos alejándose hasta desaparecer por completo. Hubo el ruido de una puerta al cerrarse y luego el silencio.

Pauline se aproximó a la ventana, pegando la cara a los cristales. En la oscuridad de la noche acertó a ver la borrosa

figura de su amante fundiéndose en las sombras.

No podía precisar el motivo, pero lo cierto es que una extraña angustia la dominaba. Era como el presentimiento de una catástrofe cercana. Un miedo irracional porque no existía base, no había un fundamento sólido para tenerlo.

Pasaron los minutos sin que Pauline se moviera del sitio. Por su mente pasaba una y otra vez el recuerdo de François atravesando las dunas en una soledad que la espantaba. «Nada puede pasar, tonta» le aseguró él. Ciertamente, ¿qué podía suceder? François conocía aquellos lugares como la palma de su mano. Por oscura que fuera la noche no había el menor temor de que perdiera la orientación de sus pasos. Igual que un marino conduce a su barco por un puerto conocido sin la menor alteración del rumbo, así François atravesaría las dunas sin desviarse ni un milímetro del verdadero camino.

—¡«Oh, mon Dieu»!

La exclamación brotó angustiosa de los labios femeninos. Porque de pronto, rompiendo el silencio de la noche, llegó hasta ella, con una claridad que la escalofrió, una serie de carcajadas diabólicas, unas risas infernales que helaron la sangre en sus venas. Aquello era exactamente el sonido que podía producir un alma condenada a los infiernos, o el insano regocijo de una mente perturbada después de cometer un odioso asesinato.

Los labios temblorosos de Pauline iniciaron una oración y tal era su espanto que equivocaba las palabras.

¿Quién podía ser el causante de aquella risa diabólica?

Ante el horror de Pauline, el sonido aquel se producía cada vez más cerca de la casa.

En aquellos momentos ella no pensó que estaba sola ni sintió temor por su seguridad. Su pensamiento entero se fijaba en François, solo en campo abierto a merced de aquel peligro desconocido.

Y el horror aumentó cuando al otro lado de la ventana, separada tan solo por los cristales, surgió de súbito ante los desencajados ojos de Pauline la imagen de una cara horrible. Confusamente acertó a ver unas pupilas que parecían despedir fuego y una boca abierta que dejaba al aire unos largos y afilados colmillos...

Fue demasiado para los alterados nervios femeninos. Hubo una ahogada queja, un gemido parecido a un triste sollozo, y Pauline se desplomó pesadamente al suelo privada del cono cimiento.

,

Cuando volvió de su desmayo hasta sus oídos no llegó el más liviano ruido. El silencio la envolvía. Al mirar aterrorizada a la ventana

tampoco vio nada. Todo parecía normal tanto en la casa como en el exterior.

Temblando, poco menos que arrastrándose, llegó hasta la cama dejándose caer de bruces sobre el mueble. Allí, hundida la faz en la almohada, rompió en sollozos de angustia y miedo...

* * *

En la región de los Vosgos el clima suele variar con harta frecuencia, dándose el caso de que en una misma jornada se produzca el fenómeno de que por la mañana luzca un sol radiante y al caer la tarde predomine la lluvia y el viento.

François, como hombre nacido en la región, lo sabía y por esto no sintió extrañeza alguna cuando la luz lívida de un relámpago iluminó fugazmente el inicio de las dunas. El hecho en sí no le alarmó lo más mínimo y lo único que lamentó es que la tormenta pudiera desencadenarse cuando apenas si llevaba recorrida la tercera parte del camino.

Las primeras gotas le sorprendieron al iniciar la travesía de las dunas. «Mala suerte, compadre» —se dijo pensando que por mucho que apresurara el paso le quedaba todavía casi una hora antes que dejara atrás los montículos arenosos.

François siempre fue individuo de carácter recio, poco dado a dejarse influenciar por premoniciones ni fantasías. Y, sin embargo, no pudo evitar que en su mente hiciera acto de presencia un extraño pensamiento. Y fue la idea de que algo raro iba a suceder aquella noche, algo que no acertaba a concretar pero que le hizo mirar con aprensión a un lado y otro.

La mejor forma de alejar tal tipo de pensamientos era evocar sus relaciones con Pauline. Unas relaciones que ya duraban más de un año a espaldas del marido traicionado. «Pero ¿qué culpa tengo yo de que ese viejo baboso creyera poder comprar con su puerco dinero la fidelidad de una mujer veinte años más joven que él. Si no hubiera sido yo, otro se habría comido la fruta madura, de modo que...»

Arreciaba la lluvia, azotándole el rostro. «¡Maldita sea, voy a llegar hecho una sopa!»

Hundiendo sus botas en la arena y aguantando el fuerte aguacero, el solitario caminante continuó su marcha, apretando el paso todo lo que podía.

De repente, a través de la espesa cortina de agua, le pareció ver una borrosa figura humana. Tan extraño le pareció el hecho que se detuvo en seco. ¿Quién podía recorrer las dunas en una noche como aquella? Pero con la misma rapidez con que había surgido, la visión desapareció de la vista de François. Tan fugaz, fue que el solitario caminante se llevó ambas manos a los ojos a fin de

esclarecer sus pupilas del agua en un intento de corroborar lo que vio, o creía haber visto. Gesto vano, porque lo único que contempló fue la sucesión de infinitas dunas y nada más.

«¿Qué diablos me ocurre esta noche? ¿Acaso veo visiones? ¿O es que Pauline me ha contagiado de sus estúpidos miedos? ¡Bah! Todo era producto de mi imaginación... sólo faltaba que ahora comenzara a oír esas misteriosas carcajadas que tanto horror le causan. ¡Pamemas!»

No había finalizado la última exposición de su pensamiento cuando ocurrió precisamente aquello que estaba rechazando su subconsciente.

Rompiendo el silencio de la noche, una serie de sonidos escalofrantes llegaron hasta François. Fue una sucesión ininterrumpida de horribles carcajadas, una risa que en lugar de exponer alegría, revelaba el humor sardónico y desequilibrado de un ser diabólico que parecía exponer así su satisfacción por algo abominable que acababa de cometer. O, lo que era peor, el nauseabundo placer de un sádico verdugo ante la espantosa agonía del ser humano al que está torturando.

François se detuvo en seco, en tanto que un sentimiento del que se creía libre, se apoderaba de él. Miedo. Un miedo imposible de dominar ante el horror de lo desconocido.

Allí estaba, solo, rodeado de dunas, con un cielo oscuro y encapotado sobre su cabeza, indefenso ante un peligro que, por el momento, aún no se había materializado, pero que existía. En fracciones de segundo evocó a Pauline y sus aterrorizadas afirmaciones cuando le aseguró haber escuchado el mismo sobrecogedor sonido que él estaba oyendo ahora...

Se miró las manos y comprobó el temblor que se había apoderado de ellas. ¡El, François, temblando! Clavadas sus botas en la arena, con la mente convertida en un caos y el corazón acelerando sus latidos, permaneció inmóvil sin atreverse a dar ni un solo paso.

Sólo cuando cesaron las risas siniestras se produjo una cierta reacción en la mente de François. No podía verse la cara, carecía de un espejo que reflejara sus facciones, pero estaba totalmente seguro de que la lividez dominaba su semblante. Era hombre capaz de enfrentarse con cualquier tipo de peligro siempre que el mismo entrara dentro de la lógica. Pero aquello era muy diferente. En tomo suyo tan sólo existían las dunas. Nada más. Ni la más leve huella de ser humano, nada que revelase una presencia viva. Giró la cabeza y a sus espaldas distinguió los montículos arenosos. Tampoco en aquella dirección había nada tangible.

De pronto se dio cuenta del espanto que encerraba su soledad, su triste y fría soledad. La sensación de sentirse indefenso ante un horror

que no comprendía, se apoderó de él.

Pero, ¿había oído efectivamente las malditas risas o todo fue una jugarreta de su imaginación?

«No hay nada, nada absolutamente, no me acecha ningún peligro» —se esforzó por tranquilizarse—, «Todo falso, no existe, son imaginaciones mías por culpa de Pauline y sus malditos miedos.»

Sí, eso tenía que ser. Si suenan risas, alguien tenía que ser el autor y allí no se veía nadie.

François reanudó su camino, imprimiendo mayor velocidad a su andadura. Le corría prisa, enorme prisa, salir del campo de dunas y divisar las cercanías del pueblo. Cierto era que aun dejando las dunas atrás, todavía quedaba un largo trecho hasta llegar a las primeras edificaciones, pero... La vista del núcleo rural, aunque fuera a distancia, le infundiría confianza.

Jamás sintió temor ante las dunas. Al fin y al cabo ¿qué eran? Un mero accidente geofísico y nada más. Allí existían los ondulados montículos arenosos al igual que unos cuantos kilómetros a su derecha se iniciaba la zona de pantanos. Un razonamiento perfecto. Sólo que...

La lástima era que aquella noche las razones lógicas parecían no ajustar demasiado a la realidad de los hechos. Quizás por esta causa las dunas se convirtieron para François en algo siniestro y amenazador, algo odioso que estaba deseando perder de vista.

Tal era su estado de ánimo que por un momento temió que todas juntas se levantaran en un avasallador oleaje de arena para caerle encima, aplastándole con su peso.

«Estoy solo, nadie puede ayudarme». Pero ¿qué ayuda precisaba? ¿En qué consistía el peligro que su subconsciente barruntaba?

«Pienso tonterías, eso es, tonterías» —se sorprendió a sí mismo hablando en voz alta—. «Lo que me ocurre es que... ¡Oh, "mon Dieu"!»

Su última exclamación fue motivada por una serie de espantosas risotadas. Abominables carcajadas que hacían presumir en aquel que las oía las más temibles torturas que puedan infligirse a un ser humano.

Las anteriores habían venido de derecha. En esta ocasión el espantable sonido le llegaba por la espalda. Y más próximo, muchísimo más próximo.

François, giró sobre sus talones, aterido de espanto. El miedo, aquel sentimiento que tanto se había vanagloriado en desconocer, lo dominaba por completo.

—¡Eh! —gritó con voz ronca—, ¿Hay alguien por ahí!

Arreciaron las diabólicas carcajadas y esa fue la contestación

que obtuvo. Sonaban muy cerca... demasiado cerca...

A sus espaldas tenía una ondulación de arena cuyo desnivel casi se aproximaba a dos metros. Alguien podría encontrarse allí oculto sin que él pudiera divisarlo. Si hubiera poseído un arma, quizás un arranque de valor le empujase para dirigirse en esta dirección y enfrentarse de una vez con lo que fuese. Pero no tenía nada... nada excepto una navaja no muy grande. François ni se acordó de ella. Lo que hizo fue echar a correr, perdido totalmente el control de sus nervios, dominado por el espanto.

Desesperado volvió la cabeza a tiempo de vislumbrar a una oscura masa cayéndole sobre la espalda. Confusamente pudo distinguir una faz espantable y unos ojos que parecían despedir llamas.

François cayó de bruces sobre la arena. Quiso darse la vuelta para plantar cara a aquel enemigo invisible y sólo consiguió girar su cabeza. Sus pupilas desorbitadas lograron ver, en fracciones de segundos, una boca dotada de largos colmillos, una boca babeante, que buscaba su garganta.

Quiso gritar, gemir pidiendo clemencia, ya no pudo hacerlo. El sonido se convirtió en un agónico gorgoteo al tiempo que sentía su garganta desgarrada y el sabor de la sangre en su boca. Hubo un conato de resistencia, pero tan débil que cedió enseguida.

Muy poco tiempo después, las dunas ofrecían su aspecto habitual. Una sucesión infinita de montículos arenosos, ahora húmedos, por los efectos de la lluvia.

Un detalle rompía aquella paz. La figura de un hombre caído sobre la arena, en una extraña postura, como un muñeco desarticulado. En torno a su cabeza, a la altura de la garganta, el terreno había adquirido un color rojizo.

Y las risas...

Durante unos minutos se sucedieron las espantables carcajadas. Luego cesaron y una cabeza dotada de fuertes colmillos y pupilas ardientes se inclinó para lamer la sangre...

—¡Ao... Ao...!

La voz humana se elevó en el aire. Sus ecos se perdieron en la infinita sucesión de dunas.

CAPITULO 2

EL sargento Dupussy, de la Gendarmería Nacional, se sentía dominado por un humor pésimo. Hombre acostumbrado a la tranquilidad del puesto del que era máxima autoridad, no acertaba a reaccionar, y menos explicarse, el extraño suceso que había caído sobre sus hombros. Avisado por un labriego hubo de trasladarse a la zona de dunas para examinar el cuerpo sin vida de François Duval.

—Bueno, Jules ¿qué puedes decirme de esto?

—¿Qué puedo decirle? —la desconfianza y el terror se reflejaban en el curtido rostro del aldeano—. ¡«Mére de Dieu», yo que sé! Esta mañana encontré a este desdichado tal como lo ve... Eso es todo y por la «gloire» de Saint Pierre, bendito sea su nombre, mal me valiera haber ido por otro lado...

—Claro, es todo —gruñó el sargento—. O lo que es igual, nada. ¿Lo conoces?

—Como todo el mundo, sargento. Es François Duval... Un buen muchacho con el que he tomado más de un trago en la taberna de Louis...

—Ya. Pues me parece que de aquí en adelante este infeliz no podrá tomar nuevos tragos...

—¡Pobrecillo! ¿Quién ha podido matarle? ¡Si era el chico más simpático del pueblo!

Eso era precisamente lo que quería saber el policía. A quién culpar de aquella muerte. Porque el motivo de su irritación y extrañeza era la clase de final que había cortado la existencia del tal François. Que un hombre eliminase a otro de un escopetazo, una cuchillada o suministrándole veneno, no tenía nada de particular y, menos, de misterioso.

¡Pero es que a François le habían dado un tratamiento muy distinto!

Para empezar, la cara del cadáver ofrecía un aspecto horrible. Mostraba los ojos desorbitados, habiéndose quedado estampada en las facciones una expresión de horror infinito. Pero lo más espantable de todo era su garganta. Abierta y destrozada.

—Bueno —se encogió de hombros el sargento—. Habrá que llevarlo al pueblo y allí que sea el doctor Detang quien dé su veredicto.

Y el dictamen del único médico de la localidad fue claro y contundente. El occiso tenía la garganta deshecha a dentelladas. Unas mandíbulas muy potentes y unos dientes afilados eran los causantes del daño.

—¿Un perro? —sugirió el sargento pidiéndole a Dios que

aquella fuera la solución, dado que en tal caso se vería libre de bastantes quebraderos de cabeza—. ¿Lo ha hecho un perro, un perro muy grande?

Pero sus esperanzas naufragaron ante la categórica negativa del médico.

—Imposible, sargento. No hay perro que pueda producir estas heridas tan grandes... Además, hay señales en las manos que parecen huellas dejadas por garras... y desde luego no corresponden a ningún perro.

—Pues si eso hay que descartarlo, ¿quién o qué ha sido el causante, doctor?

—Yo diría que...

El médico se detuvo, como si él mismo temiera revelar en alta voz su pensamiento, tan fuera de lugar le parecía.

—¡Vamos, doctor, termine! ¿Qué es lo que usted diría?

—Pues verá... Una fiera, una fiera muy fuerte... Un león, acaso, un tigre, no sé...

—¡Doctor!

—Ya lo sé, sargento, ya lo sé. Tal cosa parece imposible, de acuerdo. No existen fieras de esa clase en la comarca, ni en Francia, ni siquiera en Europa... Como tampoco hay, que yo sepa, algún circo instalado no muy lejos y del que haya podido escaparse ese tipo de animal...

—Naturalmente. Mire, doctor, creo que debiera examinar de nuevo al muerto y buscar otra explicación. Una explicación lógica, vamos, olvidando las fantasías...

—¿Fantasías? —se encrespó el médico—. Yo sé lo que me digo. ¿O es que pretende saber más que yo en cosas que son de mi profesión? Si no me cree, busque la ayuda del doctor Moreau, el director de la Casa de Salud...

—¡No, «parbleu»! —rechazó el sargento—. Ese es un médico de locos y maldita la fe que tengo en él. Pero lo que usted dice carece de una base lógica, no puede ser. En esta comarca las fieras más peligrosas son las comadreja y no creo que un bicho de esos...

—¿Me toma por idiota, sargento? Yo he dicho un león, o un tigre... Creo haber hablado de una mandíbula muy fuerte y unos colmillos de cuidado. Nada de eso, que yo sepa, lo tiene una sencilla comadreja.

—Pero, doctor, ¿no se da cuenta de que eso no puede ser?

—No podrá ser, pero es la verdad —se obstinó el médico—. Es inútil que yo busque otra explicación, porque no la hay.

Fue inútil que insistiera el sargento, porque el médico se aferró a su dictamen y no hubo forma de hacérselo cambiar.

—¿Qué te parece, Jules? —se volvió el sargento al otro gendarme ocupante del despacho, al quedarse solos ambos policías—, ¿Has oído el disparate? Tú dirás qué pongo en el informe. Causa de la muerte de ese desdichado, dentellada de fiera, o fieras, desconocidas. Si lo hago, el Prefecto creerá que me he vuelto loco.

—Lo que yo pienso, sargento, es que no estaría de más averiguar cuantos datos pudiésemos de la víctima.

—Sabemos que se llama François Duval, que es un vecino del pueblo y un muchacho alegre y simpático. Yo mismo he hablado muchas veces con él... Que yo sepa, y creo que estoy en lo cierto, ese pobre no tenía enemigos. ¿Quién iba a quererle mal y por qué? Era hombre muy popular, de modo que nos falta el móvil...

—Oigame, sargento. A nosotros nos paga «madame» la República por tener bien abiertos los ojos y los oídos. Por lo que a mi respecta no se me escapa ni el vuelo de una mosca. Me entero de todo lo que se dice en el pueblo y por si no lo sabe le diré que hay ciertas murmuraciones sobre que el tal François se entendía con la mujer de Armand Villón, el dueño de la «Rouge Terre», ya sabe, esa hermosa granja. ¿No le parece conveniente tener una conversación con esa mujer?

El sargento, que había comenzado a escuchar a su subordinado con cierto aire de escepticismo, arrugó el entrecejo y mecánicamente se atusó el bien poblado bigote.

—Jules, a veces tienes buenas ideas. Ya te estás largando a la «Rouge Terre» y me traes a la pájara. Ahora recuerdo que el marido está ausente del pueblo, de modo que no habrá que darle explicaciones del motivo por el que nos interesa su esposa. ¡Demonios, a ningún hombre le gusta enterarse de que su mujer le adorna la cabeza con un buen par de cuernos! Ya se enterará más tarde... Anda, Jules, tráeme a «madame» Villón.

¿Y qué era lo que podía decir la desdichada Pauline? Rota por la congoja, materialmente deshecha ante la noticia del terrible fin de su amante, no ofreció resistencia alguna para revelar las pecaminosas relaciones que le unían con el muerto.

Mientras escuchaba, el sargento Dupussy no sólo comprendía el hecho sino que mentalmente lo disculpaba. Le bastaba con evocar al viejo Villón para encontrar la lógica del suceso. Aquella mujercita se merecía algo mejor que el usurero de su marido. ¡Ah, demonios, le hubiera gustado mucho estar en el pellejo del tal François! Pero ¿qué locuras pensaba? François estaba muerto, de modo que nada de envidiarle, ¡«nomme de un chien»! Había que ir al grano y dejarse de hurgar en los sentimientos íntimos de las personas. Lo suyo era esclarecer un crimen. Lo

demás ¡allá cada uno con su carne pecadora!

—Bueno, Pauline, esas cosas no nos incumben. Son tuyas y del pobre François, cuya alma el «bon Dieu» haya perdonado. Lo que yo quiero saber es si sabes de alguien que le tuviera ojeriza a François. Dejando aparte a tu marido, claro, que ese si estaba enterado de lo tuyo no le vería con muy buenos ojos, eso es evidente... Motivos tenía para desear su muerte, pero si justifica su ausencia, habrá que dejarle libre de sospechas...

—¡Sargento, por su madre se lo suplico, no le diga usted a mi marido nada de esto! ¡Sería capaz de matarme!

El graduado hizo un gesto tranquilizador.

—Ni palabra, hijita. Aquí somos muy discretos. Anda, sé buena chica y dime todo lo que sepas sobre el pobre François.

—¿Y qué quiere que le diga? —se estrujó ella las manos con desesperación—. Aquella noche... estuvo conmigo, esa es la verdad, así el «bon Dieu» me salve... Se fue muy tarde... No veía el momento de separarse de mi lado...

—Lo comprendo, ¡«mille diables»! —exclamó el sargento—, A mí me hubiera ocurrido lo mismo...

—Yo tenía miedo, mucho miedo...

—¿Por qué? ¿Acaso temías que tu marido se presentara sin avisar?

—¡Oh, no, no es eso! Es que... No, si no se lo va usted a creer...

—Habla, mujer... anda, di lo que sea.

—Verá... Es que hace dos noches, cuando estaba sola en la casa... Como ella se interrumpiera, el sargento la animó:

—Bueno ¿qué?

—Oí unas risas...

—¿Qué?

—Ya se lo dije... ustedes no me van a creer... ¡Y es verdad, juro que es verdad! Oí risas...

—¿Risas? —la ancha faz del sargento evidenció el estupor que le producían las palabras femeninas.

—Sí... unas carcajadas diabólicas... Algo que helaba la sangre, algo espantoso... ¡No les miento, les juro que las oí! Y luego ayer noche, cuando François se fue y me quedé sola... las volví a oír... y por la ventana apareció una cara horrible... ¡parecía la misma cara del diablo, señor!

Lo que estaba oyendo le pareció a Dupussy una auténtica locura. Era imposible tomarse en serio aquello. Ceñudo se volvió hacia el gendarme Romay, mudo testigo de la entrevista.

—¿Qué dices tú, Jules?

—¿Qué digo? —el aludido se encogió de hombros—. Lo que siempre he pensado de esta comarca. Aquí todo el mundo está

repleto hasta reventar de supersticiones. ¡Si hay quien cree en brujerías! ¿Usted no ha oído todo eso que se dice del hombre-lobo, es decir, de un fulano que en las noches de luna llena se vuelve lobo y ataca a la gente destrozándoles la garganta a dentelladas...?

El recuerdo del cuello de François asaltó la mente del gendarme, que se detuvo en seco, arrugando el entrecejo.

—¡Oh, no! —exclamó el sargento— ¡No me digas lo que estás pensando porque es lo único que me faltaba para perder el juicio!

—No, sargento, claro que no... ¡Yo no creo en esas tonterías! Además, anoche no había luna llena... Llovía a cántaros, de modo que...

—¡Basta! ¡Con luna o sin luna, todo eso es una sarta de majaderías! —explotó el sargento pegando un tremendo puñetazo sobre la mesa—. ¡A quién se le ocurre sacar ahora a relucir esa patraña! Vamos, Pauline, ¿de qué estábamos hablando?

—De esas risas...

—¡No me digas! Pauline, tú has visto visiones y oído cosas que nunca han existido.

Pero por mucho que el sargento insistió no hubo forma de hacerla rectificar. Harto de oír lo mismo, Dupussy decidió dar por terminada la entrevista de la que nada había sacado en claro.

Al quedarse a solas con su subordinado, el sargento dio suelta a su indignación.

—A este paso, a mí me encierran en la Casa de Salud, del doctor Moreau —bufó—. Primero, el doctor Detang nos sale con esa necia historia de una fiera...

—Menos mal que no se acordó de citar a un lobo —cortó el gendarme—. Si lo llega a hacer...

—¡En esta comarca no hay lobos!

—Claro, por eso lo digo, sargento...

—¡Ni hombres-lobos! Ojo con la lengua, Jules. No se te ocurra soltar esa majadería en la taberna porque como los del pueblo la oigan, estamos apañados.

—Serán ellos los que antes o después den con ello. Si no, ya lo verá, sargento.

—Sí, a lo mejor tienes razón. Aquí hay mucha superstición, Marcel... ¡Mira que el cuento de la tal Paulina! ¡Risas infernales y luego ve la cara del mismísimo diablo!

El gendarme Romay encendió un cigarrillo y tras una larga aspiración expulsó una nube de humo, permaneciendo con los ojos fijos en las espirales que había conseguido formar.

—Pienso, sargento, que las reglas matemáticas no mienten y que se haga lo que se haga, dos y dos siempre son cuatro.

—¿Qué demonios tienen que ver las reglas matemáticas con esto, vamos a ver? Claro que dos y dos son cuatro.

—Eso es. Verá, sargento... Tenemos a un pobre diablo que aparece con la garganta hecha una miseria, destrozada a dentelladas si hemos de creer al doctor Detang. Luego viene Pauline y nos habla de unas risas infernales y una cara que daba miedo... Pues ¿sabe lo que le digo? Que si unimos lo primero con lo segundo...

—¡Aparece el hombre-lobo! —tronó el sargento—. Jules, sería bueno que recordases que ya no estamos en la Edad Media, sino en pleno siglo XIX.

—Va lo sé... Sucede que me estaba acordando de la Casa de Salud del doctor Moreau.

—¿Y qué rayos tiene eso que ver con lo nuestro?

—Nada... o mucho, depende de cómo se mire. Partamos de la suposición de que un loco furioso se ha escapado de ese establecimiento. En su vagabundeo pasa cerca de la granja del viejo Armand Villón y ya sabe usted cómo son los locos. Sin que venga a cuento comienza a reír, luego asoma su cara por la ventana... Una cara de loco iracundo. Y esto es lo que oye y ve Pauline. Más tarde, nuestro hombre sorprende a François en las dunas... Sin motivo alguno, ¡porque vaya usted a saber lo que se cuece en la cabeza de un demente! embiste al pobre muchacho y lo mata, obrando como una fiera salvaje... Y ahí tenemos explicadas las dentelladas en la garganta de la víctima. ¿Qué le parece, sargento?

El semblante del sargento Dupussy reveló el interés con que había seguido las palabras de su subordinado.

—¡Claro! —casi gritó—, ¡Eso lo explica todo! Nos faltaba el móvil del asesinato y ese puede ser el misterio ¡que no hay móvil!

—Le recuerdo, sargento, que todo eso puede ser la explicación correcta partiendo de la base de que efectivamente se haya fugado un loco peligroso de la Casa de Salud.

—Eso lo averiguaremos enseguida, Jules. ¡Andando, vamos a tener un rato de charla con ese doctor Moreau!

CAPITULO 3

RAZON tenían los aldeanos al rodear de cierto miedo y prevención a la Casa de Salud del doctor Moreau. Aquel viejo caserón de gruesos y oscuros muros siempre disfrutó de mala fama. Siglos atrás fue el alojamiento de los Tribunales de la Inquisición en la comarca. Quizás la peculiaridad de su construcción fue la que decidió al doctor Moreau a adquirir el edificio restaurando aquellas partes que el paso del tiempo había deteriorado. Donde no tuvo nada que reconstruir fue en los sótanos dedicados a mazmorras y sala de interrogatorios. Los muros continuaban firmes y las celdas eran ideales para la reclusión de locos peligrosos.

En cuanto al director de la Casa de Salud cabría decir que ni elegido hubiera resultado la persona más idónea para desempeñar el cargo. Hombre entrado en años, tan descuidado en el vestir que era un hecho normal ver su vieja levita salpicada de manchas. Tampoco concedía ninguna importancia a su aspecto físico y le importaba poquísimos ofrecer una imagen lamentable de su persona. La barba siempre descuidada, los dientes sucios, las manos vírgenes del agua y el jabón. En cuanto a las uñas, pocas veces debían ser visitadas por la lima y las tijeras y no se mostraban sólo sucísimas, sino largas y retorcidas como garras.

Moreau recibió a los policías en una estancia sombría y lóbrega. En un momento dado, el gendarme Romay dirigió su mirada hacia el techo y pudo contemplar las espesas telarañas que adornaban los rincones. «Vaya sitio —pensó— por nada del mundo viviría yo aquí.»

—Bueno, ¿en qué puedo servirles, señores?

La voz del doctor Moreau era áspera y desagradable. Alguien dijo que parecía el graznido de una corneja. Pero esto no era cierto. La similitud se orientaba mejor hacia el aullido de un perro hidrófobo. Porque así hablaba Moreau. A gritos, atropellando las palabras, gesticulando mucho. Muy frecuentemente sus manos se elevaban en apoyo de sus razonamientos. ¡Sus manos! El gendarme Romay miraba como fascinado las largas uñas y mediante una asociación de ideas su recuerdo se centraba en las sangrientas señales de garras encontradas en el cuerpo del desdichado François.

—Doctor, se trata de una simple pregunta...

—Bien, venga —animó Moreau poco menos que en un grito.

—¿Se ha escapado algún paciente de este establecimiento?

Ninguno de ambos policías se encontraba preparado para acoger la insólita reacción del doctor. Apenas oyó la pregunta su

rostro se descompuso en tanto que sus ojos chupeteaban de cólera. ¡«Mon Dieu»! —pensó el gendarme Romay—. «¡Ahora todavía se muestra más feo y repugnante!»

—¿Y qué les importa a ustedes lo que sucede en mi establecimiento? ¿Acaso yo tengo la obligación de darles explicaciones del desarrollo de mi trabajo?

Tal era la rabia de Moreau que una baba sanguinolenta afluyó en las comisuras de sus labios. Ambos gendarmes cambiaron una mirada entre sí, una mirada que revelaba idéntico pensamiento. «Parece un perro rabioso.»

—¡Esa pregunta es una impertinencia, sí señor, una impertinencia!

—Por favor, doctor —rogó el sargento—. En modo alguno pretendemos interferir en sus deberes... Eso es cosa suya. Me he limitado a hacerle una pregunta y le aseguro de que apenas sea contestada no molestaremos más su atención.

Las tranquilizadoras palabras de Dupussy consiguieron bajar bastantes grados la ira del doctor.

—Bueno, pues si es así... Me pregunta usted si se ha escapado alguno de mis pacientes. Pues sí... Uno de ellos aprovechó un momento de distracción de los celadores y logró escapar...

El gendarme Romay iba a terciar en la conversación cuando una fuerte algarabía llegó hasta los ocupantes de la sombría estancia. Primero fue un grito que helaba la sangre en las venas. Luego una serie de carcajadas para concluir con nuevos y horribles aullidos. Otra vez las carcajadas, gritos... Voces humanas y finalmente un sonido que parecía ser los chasquidos de un látigo.

—¿Qué es eso, doctor? —indagó roncamente el sargento, que se había puesto en pie con tal premura que derribó la silla en la que había estado sentado.

—¿Eso? --se encogió de hombros Moreau—. Nada de particular. De vez en cuando algún paciente se excita y hay que calmarle.

Más alaridos, gritos horribles y el continuado chasquido del látigo en una sinfonía de sonidos alucinante y aterradora.

Tanto el sargento como su subordinado estaban deseando abandonar aquel sitio que se les antojaba poco menos que la antesala del infierno.

—Bien, ya he contestado a su pregunta, sargento. ¿Algo más?

—Decía usted que uno de sus pacientes se ha escapado. Doctor... ¿qué clase de paciente? Vamos, quiero significar que si se trata de algo peligroso...

—¡En absoluto, en absoluto! —rechazó Moreau—. Se trata de un ser inofensivo... No hay motivo de preocupación. Mis hombres

no tardarán en dar con el fugitivo, eso está perfectamente claro...

«No tan claro» pensó el sargento, porque él lo veía muy oscuro. Miró al gendarme Romay sorprendiendo la luz de triunfo que reflejaban las pupilas de su subordinado. «¿No se lo decía yo, sargento? Aquí tiene la clave del misterio. Un loco furioso anda suelto por ahí».

—De todos modos, doctor, usted no puede impedirnos que colaboremos en esa búsqueda. No olvide que pertenecemos a la Gendarmería y nuestra obligación es laborar porque no se altere la paz en la comarca.

—¡Demonios, ustedes deben estarse quietos! —aulló Moreau—. Conozco sus métodos y son capaces de liarse a tiros con ese desdichado. Les garantizo que mis hombres se bastan y sobran para capturarle. Y ahora, si no tienen más preguntas que hacer...

El doctor se levantó y avanzando hacia la salida de la estancia, abrió la puerta.

«De esta cántara ya no sacamos más leche» —reflexionó el sargento—. «Ya sabemos lo que nos interesaba, de modo que lo que ahora hay que hacer es poner manos a la obra para localizar al loco.»

—Me hago cargo de su inquietud, sargento —indicó Moreau—. Pero insisto en que no hay motivo de preocupación. A propósito ¿qué les ha hecho sospechar que se había escapado alguno de mis pacientes?

—Verá, doctor, hemos recibido las quejas de unos granjeros sobre cierta desaparición de gallinas... Otros nos dijo que había visto a un individuo extraño merodear en torno a su casa lanzando gritos estúpidos... Cosas sin importancia, pero que requerían una investigación.

—Comprendo, comprendo... Pero puede estar tranquilos.

Caminaban por un lóbrego corredor flanqueado de paredes formadas por piedras a través de cuya argamasa de unión se filtraba una intensa humedad. Aunque ahogados por la distancia y el espesor de los muros llegaba hasta ambos policías el sonido de un concierto alucinante. Tan pronto eran aullidos más propios de gargantas de fieras que de humanas, como espantosos coros de carcajadas, mezcladas con gritos inaudibles.

Repentinamente, doblando un recodo del corredor, apareció una espantable figura humana. Un hombre cubriendo su cuerpo con andrajos. Una larga cabellera sucia y descuidada caía sobre sus hombros en tanto que una enmarañada barba cubría buena parte de su cara. Pero fue el rostro, lo que se veía de él, aquello que hizo a los dos policías echarse hacia atrás sobrecogidos. Una faz horrible. Ojos desorbitados, despidiendo fuego y la boca

abierta expulsando una baba sanguinolenta.

Tan horrible fue aquella aparición que tanto el sargento como su subordinado buscaron rápidamente sus pistolas de reglamento. La mano de Dupussy tocaba ya la culata del arma cuando el doctor Moreau le agarró por el brazo en tanto clamaba.

—¡No, no!

Por el fondo del corredor aparecieron otros tres hombres. Dos de ellos manejaban látigos, en tanto el tercero blandía una antorcha encendida. Fue éste quien corrió hacia el loco amenazándole con las llamas.

—¡Aquí... aquí!

El demente paralizó su carrera lo que dio tiempo a los otros dos vigilantes para llegar junto a él. Instantáneamente entraron los látigos en acción, descargando una lluvia de golpes sobre el cuerpo del desdichado privado de juicio. La escena era tan horrible que el gendarme Romay soltó una exclamación de horror. Los chasquidos de los látigos se mezclaban con los aullidos del castigado.

—¡Ya basta! —ordenó el doctor Moreau— ¡Llevarlo a una de las celdas del sótano!

Los dos hombres de los látigos asieron al loco y sin contemplaciones lo arrastraron pasillo adelante, hasta doblar el recodo por el que habían aparecido.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Moreau al vigilante de la antorcha.

—Lo sentimos, señor... Ese insensato nos pilló desprevenidos. Pero no se ha ocasionado ningún daño... Por suerte, se ha tratado de un pobre majadero... ¡Otro gallo nos hubiera cantado si en vez de él tenemos que vérnoslas con el que se escapó ayer!

El sargento asió por un brazo al celador forzando a girar levemente para mirarle.

—¿Qué ha dicho usted? ¿Es que el loco que se fugó era peligroso?

—Le diré, sargento. Un tipo que se creía lobo... ¡Menudos aullidos daba por la noche el maldito! ¡No dejaba dormir a nadie!

—¡Ve a tus ocupaciones, Louis! —tronó el doctor Moreau—, ¡Estás diciendo tonterías!

El hombre miró al doctor, fue a decir algo, pero debió arrepentirse porque dando media vuelta alejóse pasillo adelante.

—Doctor, usted nos dijo que era inofensivo...

—¡Y lo es! —tronó descompuesto Moreau—. ¿O es que van ustedes a hacerle caso a las majaderías de un cretino? ¿Qué se cree lobo? ¿Y qué? Aúlla por la noche y aquí se acaba todo... ¡Y ya basta, sargento!

Ambos gendarmes optaron por retirarse del sombrío caserón. Pero apenas se vieron fuera, respirando a pleno pulmón el aire de la campiña, el sargento cambió una significativa mirada con su subordinado.

—¡Vaya sitio! Delicioso, ¿eh?

—No me lo recuerde, sargento. Eso es algo como ir a parar' al infierno en vida sin juicio previo del Todopoderoso.

—Bueno, al grano. Parece que tenías razón y hemos dado con la clave del misterio. ¡Fíjate, Jules, un loco que se cree lobo camando por sus respetos de un lado a otro! Ya tenemos al autor de las risas y los aullidos... y la muerte de ese pobre François. Ahora tan solo nos queda atraparlo. Porque hay que cogerlo y pronto, no sea que el maldito cause una nueva víctima.

—Eso pienso yo —corroboró el gendarme—. No me fío en absoluto de las seguridades de ese viejo energúmeno. Pero usted y yo solos, no es mucho lo que podemos hacer.

—¡No, «parbleu»! Habrá que reclutar a los hombres del pueblo. Decirles la verdad... Ellos son los primeros interesados en capturar al fugitivo.

Apenas llegaron a la «Gendarmerie», el sargento Dupussy comenzó a extender su informe seguro de que aquello iba a significar un escalón más en su profesión.

CAPITULO 4

EL forastero era un hombre joven, de semblante abierto y expresión simpática. Llegó a la caída de la tarde, deteniendo su caballo delante de la única taberna del pueblo. En otras circunstancias la llegada de un desconocido hubiera despertado una inusitada curiosidad, pero en las presentes los aldeanos estaban bastante preocupados con la noticia de la fuga del loco como para dedicar su atención al recién llegado.

Cuando el forastero hizo su entrada en la taberna, el local rebosaba de clientes y el motivo de todas las conversaciones era el mismo.

—El sargento asegura que no hay nada que temer y que no tardará en capturar a ese loco. Pero yo no las tengo todas conmigo.

—¿No hay por qué preocuparse, eh? Pues por mi parte digo que cada vez que me acuerdo de la garganta del pobre François me entran temblores.

El que más y el que menos se veía atravesando las dunas en plena noche. Una noche oscura sin más compañía que su propia respiración. Mirando aterrorizado a todas partes, temiendo a cada momento ser asaltado por un enemigo del que ni siquiera sabía cómo era. Y luego de la brutal embestida, la garganta abierta a dentelladas... Este cuadro siniestro, presente en todas las imaginaciones, no era para despertar el entusiasmo de nadie.

El forastero se encaminó hacia el mostrador y tras pedir una copa de absenta, se encaró con el hombre que atendió a los clientes.

—Oiga ¿está muy lejos del pueblo la finca de monsieur Herblay?

—¿El castillo? A unas tres horas, a caballo, se entiende. ¿Va usted allá?

—Sí, esa es mi intención.

El tabernero olvidó por un momento el tema general de las conversaciones para dedicar toda su atención al recién llegado.

—El anciano monsieur Herblay falleció hace ocho días — comentó —. Se lo digo por si no lo sabía...

—Lo sé —afirmó lacónicamente el desconocido—. Quien me espera es su sobrino.

—¡Ah, el joven monsieur Régulo! Sí, a ese le encontrará en el Castillo.

Al tabernero le hubiera gustado saber más de aquel asunto. Pero el forastero bebía lentamente su absenta y no parecía muy propicia a dar explicaciones. Se informó de la dirección completa,

abonó lo servido y dando media vuelta fue sorteando mesas hasta alcanzar la puerta de salida.

—¿Qué te parece, Michel? —se volvió el tabernero hacia el hombre que tenía más cerca—. Ese forastero se encamina hacia el «chateau» de los Herblay... Parece que no salimos de sorpresas. Hace años que allí no se recibían visitas...

—Bueno, a lo mejor es por la herencia del viejo. El notario Malrose salió esta mañana muy temprano hacia el Castillo. Es verdad que por aquí creíamos que el anciano señor no tenía más parientes que su sobrino Régulo y su linda hermana mademoiselle Florence, pero ¿quién sabe?

—Quizás —observó pensativo el tabernero—. Sea lo que fuere, el que herede esas propiedades se convertirá en el propietario más rico de la comarca... Oye, Michel, se me está ocurriendo una cosa. No conocemos a ese forastero, pero no estaría de más hacerle una advertencia. Por su bien, no resulta prudente que se encamine hacia el Castillo de noche... y menos, ahora. Por mucho que corra no lo alcanzará hasta muy entrada la noche... y tiene que bordear los pantanos, cruzar las dunas y atravesar el bosque. Eso puede ser peligroso. ¡Anda, Michel, a ver si lo alcanzas! Adviértele de lo que pasa. No sea que tenga un mal encuentro con el loco y tengamos que sentir...

El tal Michel atravesó rápidamente la sala y saliendo a la calle alcanzó a ver cómo el joven forastero ponía el pie en el estribo para izarse hasta la silla de su caballo.

—Un momento, monsieur —rogó.

El desconocido le miró interrogante.

—¿De qué se trata, buen hombre?

—Verá usted, monsieur... —el hombre titubeó—. ¿Piensa usted seguir viaje hacia el Castillo?

—Sí. ¿Ocurre algo?

—Es que... Oigame, monsieur. Será prudente que haga usted noche en el pueblo y mañana, al amanecer si le place, continúe su camino.

—Y eso ¿por qué?

—Monsieur, vivimos circunstancias anormales... Cerca de aquí está la Casa de Salud donde encierran a los locos furiosos... Y uno de ellos se ha escapado... Todavía anda suelto y anoche un vecino del pueblo apareció muerto, con la garganta destrozada... Por eso creo que no es prudente que siga su camino solo, en plena noche...

—Le agradezco su buena intención, pero a mí no me causan miedo los locos. Tenga, para que eche un trago a mi salud.

El aldeano miró la moneda que había cogido y luego desvió la

mirada hacia el jinete que se alejaba calle abajo. Meneando la cabeza y mascullando entre dientes que «cada uno es muy libre de hacer lo que le diera la gana», se introdujo en la taberna dispuesto a echar «el trago» a que había sido invitado...

* * *

Cuando un hecho es cierto, resulta estúpido intentar negarlo. A esta conclusión llegó Paul Herblay después de admitir, mal que le pesase, que se había perdido en aquel maldito bosque. Después de todo, esto era lo más lógico en un hombre como él, desconocedor de la comarca. Posiblemente de día se hubiera orientado perfectamente, pero en la noche, todo cambiaba.

Los nubarrones que en un comienzo habían cubierto el cielo en la primera hora de su andadura, se convirtieron en negras nubes que no tardaron mucho en dar paso a la tormenta.

Conforme sentía resbalar por sus hombros la lluvia, Paul fue evocando las circunstancias que le habían llevado a la presente situación.

Un mes antes no tenía ni la menor idea de que existiera en este mundo un hombre llamado Ronstand Herblay, propietario de una de las mayores fincas rurales en la región de los Vosgos. Una carta de un notario llamado Malrose se encargó de recordarle su parentesco con el terrateniente. Sobrino en tercer grado. Y lo que era más importante había una herencia por medio. Una fortuna muy considerable que reclamaba la presencia de todos los parientes en la lectura del testamento, ya que el anciano Herblay había muerto una semana antes.

Paul, cuyos únicos ingresos los constituían su sueldo de inspector de la «Securité Nationale», no lo dudó ni un segundo poniéndose inmediatamente en camino. Por lo que pudiera ocurrir no estaba de más comprobar si tenía algún derecho a la herencia, o su lejano tío le había dejado algo en su testamento.

Y allí estaba, montando un caballo alquilado, aguantando la lluvia y perdido en un bosque sombrío y absolutamente desconocido para él. Sin la más leve idea de la dirección adecuada para dar con el Castillo, la finca de su difunto tío.

De la mención sobre aquel loco fugado del manicomio, ni se preocupaba. En un momento dado lo recordó y su mano fue a golpear mecánicamente el bolsillo de su levita donde guardaba su revólver de reglamento, como miembro de la Policía.

«Con esto ya pueden venir locos furiosos» — pensó.

De repente un formidable relámpago partió el cielo en dos mitades. Segundos después un trueno horrísono estremeció el aire y sus consecuencias fueron trágicas para Paul ya que el caballo,

enloquecido ante el espantoso fragor, se encabritó y antes de que se diera cuenta ya estaba en tierra y el corcel alejándose a un galope furioso.

En cuestión de segundos la situación de Paul se había convertido de comprometida en casi desesperada. ¿Qué resolución podía tomar perdido en el bosque, en una oscuridad casi absoluta y sin tener ni la menor idea del sitio donde se encontraba?

Mientras se ponía en pie, con las ropas cubiertas de barro y la cara ligeramente rasguñada por el impacto contra una piedra, recordó las recomendaciones que le hizo el aldeano. No le daban miedo los locos ni cuerdos, lo que le imponía era su absoluto desconocimiento del sitio y la noche endemoniada que se iba desarrollando con una lentitud desesperante. No sabía la hora, ni le importaba.

—¿Y ahora, qué, imbécil? —se insultó a sí mismo.

Un hombre puede tener los nervios bien templados, pero lo que resulta evidente es que así y todo, no puede impedir el sentirse influenciado por el ambiente que le rodea. La lobreguez del bosque, la oscuridad de la noche y el conocimiento de su propia soledad, eran factores dominantes para ensombrecer el ánimo del caminante.

En un momento dado, Paul creyó oír un leve ruido a su izquierda. Instantáneamente se detuvo en seco en tanto que su mano volaba hacia el bolsillo de la levita donde guardaba la pistola. Fue una acción inútil porque sus dedos sólo encontraron el vacío. El arma había desaparecido. En fracciones de segundos la mente de Paul encontró la explicación del hecho. En la pirueta que ejecutó su cuerpo al ser despedido violentamente del caballo, el revólver debió saltar de su bolsillo. Entonces no se apercibió de ello y ahora era demasiado tarde para remediar el daño. Imposible volver sobre sus pasos en busca del arma dado que ignoraba totalmente en qué punto se produjo la caída.

La inevitable conclusión era que se encontraba desarmado. La sensación de un próximo peligro y el conocimiento de saberse poco menos que a merced de aquella amenaza desconocida produjeron un fuerte impacto en Paul Herblay. Inmóvil, los pies hundidos en el fango, aguzó el oído intentando concretar la clase de ruido que estaba oyendo. No cabía la menor duda que se trataba de una fuerte respiración. Centró su mirada en la dirección de donde venía el rumor y le pareció ver entre la maleza unas pupilas ardientes clavadas en él.

El recuerdo del loco fugado asaltó la mente del joven. En el lapso de tiempo que se produce entre dos latidos de corazón,

calibró sus posibilidades de defensa si se producía la bestial embestida.

La situación era crítica. Solo, reducido a sus propias fuerzas, a la espera del ataque de un demente impulsado por deseos homicidas. Aquellas pupilas que despedían fuego le hicieron imaginar el resto de la cara. Una faz espantosa con las fauces abiertas, los dientes al aire y una baba sanguinolenta escurriendo por la barbilla...

De repente, cesó la agitada respiración a tiempo que desaparecía de la vista de Paul la visión de aquellas pupilas de fuego. Hasta él llegó el rumor de la maleza al ser hollada y enseguida, el silencio.

Paul permaneció todavía unos instantes inmóvil. Al comprobar que el desconocido peligro ya no daba señales de existencia, reanudó su andadura, eso sí, extremando la vigilancia en torno suyo.

«¿Adónde voy? —se preguntó Paul—. Si continúo así temo que amanezca sin haber dado con ese maldito Castillo».

En el más absoluto silencio que sólo rompía el chapotear de sus botas sobre el encenagado terreno, Paul continuó su marcha.

En un momento dado a través de la lobreguez del bosque al cual se iban habituando sus ojos, creyó vislumbrar una figura que se movía entre los árboles. Por momentos parecía estar de pie y caminar normalmente; en otros instantes daba la impresión de correr velozmente sobre pies y manos.

De pronto, otro sonido llegó hasta él. Una risa espantosa en una sucesión continuada de horripilantes carcajadas. No se trataba de la exposición de una sana y normal alegría. Lo que estaba oyendo era la sádica hilaridad de un ser que tortura a otro hasta matarlo y se complace en sus sufrimientos.

El lóbrego bosque parecía llenarse con el sonido. Era un rumor indescriptiblemente fantasmagórico, entre gruñidos de animal y grito humano. La risa se mezclaba con un grito que sonaba como «¡Ao! ¡Ao!». Aquello llegó a ser tan horrible que Paul sintió cómo se le erizaban los cabellos.

Un hombre puede ser muy valiente pero llega un momento en que pierde el control sobre sus nervios. Todo depende de su situación. Paul Herblay no era ningún superhombre, sino un ser humano sujeto a emociones y sentimientos inherentes a toda persona. No tiene nada de extraño que por un momento se alterase su habitual sangre fría y sin pensarlo comenzase a correr con todas sus fuerzas. En su marcha ni se percató de que no eran pocas las veces que su cara fue rasgada por las ramas de los árboles. Toda su atención estaba fija en la idea de salir cuanto

antes del bosque maldito.

Cuando se detuvo, casi agotado, el horrible sonido ya no se oía. De nuevo reinaba el silencio. Tan sólo el golpear de la lluvia, que había vuelto a reanudarse, sobre las hojas de los árboles, llegaba hasta él.

Al reanudar la marcha trató por todos los medios de serenarse, apelando a toda su sangre fría. «Este bosque parece estar maldito», pensó con cierta rabia.

Su andadura le llevó hasta un sitio donde los árboles comenzaban a espaciarse para dar paso a un claro casi desprovisto de vegetación. Y fue allí donde le fue dado contemplar una insólita escena que dio cima a cuantos extraños sucesos le iban aconteciendo.

Confusamente, porque la oscuridad seguía siendo muy intensa, pudo ver a una figura humana en el momento en que se desplomaba derribada por una masa oscura que caía sobre su espalda. Hasta Paul llegó un horrible alarido de angustia y dolor, mezclado con el estridente sonido de una carcajada. Se produjeron algunos gritos más, los últimos muy débiles predominando la espantosa risa.

Una nube espesa oscureció aún más el paisaje sumiéndole en una negrura casi total. Cuando de nuevo reinó alguna luz, lo único que Paul acertó a ver fue una figura humana, inmóvil sobre el terreno. Aquella visión tuvo la virtud de hacerle reaccionar. Su habitual sangre fría se impuso sobre cualquier otro sentimiento y sin acordarse de que estaba desarmado corrió hacia el lugar del extraño y sobrecogedor suceso.

Se inclinaba sobre el yacente cuando llegó hasta sus oídos un grito humano.

—¡Ao...! ¡Ao...!

Luego risas, pero ya a bastante distancia. Y de nuevo el grito.

—¡Ao...! ¡Ao...!

Cesaron las risas y no volvió a oírse ningún grito.

Paul se inclinó sobre el cuerpo inmóvil. No había mucha luz, pero pudo ver la cara de un hombre ya de alguna edad y, lo que era más espantoso, su garganta deshecha. Por la horrible herida manaba un flujo de sangre... No tenía que examinarle despacio para comprender que el desgraciado había muerto.

Allí no tenía nada que hacer. Permanecer en tal sitio no sólo resultaba arriesgado, sino peligroso. Con una última mirada al cadáver, Paul optó por alejarse. Mientras caminaba iba uniendo detalles. El hombre vestía como un guardabosque, con fuerte zamarra de cuello de piel y pantalones embutidos en altas botas. Era un dato que quizás más adelante podría resultarle útil.

En Paul se estaba operando una curiosa transformación. Superados los momentos de temor, predominaba en él su formación policíaca. El asunto parecía estar muy claro; había suelto un loco peligroso y eso era todo. Y, no obstante en su interior, existía un extraño convencimiento de que la cosa no era tan sencilla.

En los escasos segundos que transcurrieron en el ataque al pobre hombre que dejaba atrás, le pareció precisar que el agresor no era un ser humano. Casi estaba por apostar que se trataba de un animal. ¿Acaso un lobo? Las dentelladas que habían destrozado la garganta del infortunado individuo parecían propias de la acción de una bestia de aquella clase. Sí, pudo ser un lobo... Pero en este caso, ¿qué relación podía existir entre tal animal feroz y las voces humanas que más tarde pudo oír? ¿Y las risas? Un lobo no grita, ni ríe.

«Algo que una ambas cosas, hombre y lobo». Pensó. E instantáneamente se dio cuenta de que sus pensamientos le habían conducido hasta una de las supersticiones más arraigadas en la comarca. El mito del «hombre-lobo», es decir del ser humano que se convierte en bestia por la noche. «Eso no puedo admitirlo —masculló entre dientes—. Se trata de una absurda superstición y nada más».

Fue a salir a otro claro del bosque y allí distinguió algo que le hizo lanzar un suspiro de alivio. Una tosca cabaña hecha de troncos alteraba la monotonía del paisaje.

Una vivienda siempre revela la existencia de seres humanos. Todo parecía que finalmente Paul Herblay iba a dar por terminada su larga y ajetreada caminata por el bosque.

CAPITULO 5

PAUL Herblay aporreó la puerta de la cabaña en tanto gritaba para llamar la atención de los posibles moradores de la vivienda.

—¡Eh! ¿Hay alguien en la casa?

La única respuesta que obtuvo fue el silencio más absoluto. Repitió la tanda de golpazos y el silencio continuó siendo la contestación.

Ante el hecho y como no estaba dispuesto a continuar aguantando la lluvia teniendo frente a él un sólido refugio, apoyó la mano en la puerta y empujó con todas sus fuerzas. No hizo falta el esfuerzo, porque la puerta cedió con un crujido de bisagras mal engrasadas.

En el interior reinaba una completa oscuridad. Paul fue avanzando a tientas y más de una ocasión tropezó con obstáculos invisibles. Buscó en sus bolsillos hasta dar con una cajita de fósforos. Su suerte fue encontrarlos secos, porque de lo contrario podía haberse despedido de sus esperanzas de arrojar un poco de luz al sitio. Rascó un fósforo y la débil llamita iluminó el lugar. No había mucho que ver. En un rincón distinguió una chimenea de piedra y una buena pila de troncos. Una rústica mesa, cuatro o cinco taburetes, un camastro adosado a una de las paredes y un armario. Eso era todo.

El mobiliario revelaba la característica de la vivienda. Un refugio de cazadores; el lugar donde pasar la noche en el transcurso de una partida cinegética.

Paul se apresuró a encender la chimenea y no tardó mucho en que las llamas de un alegre fuego no sólo calentaran el interior de la cabaña, sino iluminaran la estancia.

«Al final, he tenido suerte» —caviló en tanto procedía a colocar sus empapadas ropas cerca de la chimenea para que se secaran.

En uno de los bolsillos interiores de su levita encontró no sólo su pipa sino un paquete de tabaco. Un alivio que alegró su ánimo.

Relajado, pasó revista a todo lo ocurrido en la noche. Que se perdiera en el bosque no tenía nada de particular. Había sido lo lógico para quien, como él, desconocía la región. Lo extraordinario fue «lo otro». Es decir, las risas, los aullidos, aquella voz humana de timbres fúnebres y siniestros y para colmo, la muerte del desconocido llevada a afecto de forma horrible. «Pudo tratarse de un perro, un mastín muy grande. Y la voz que oí posiblemente era la de su amo que lo llamaba. Pero si es así... ¿qué demonios hacían perro y amo recorriendo el bosque en una noche como esta? Y además resulta un tanto extraño que el dueño del perro no se acercara a socorrer a la víctima... ¿Y qué

diablos buscaba el guardabosque o lo que fuese recorriendo la floresta bajo la tormenta maldita? Muchas preguntas y escasas respuestas. No obstante, si desechaba aquella hipótesis ¿qué le quedaba? La única solución era el loco furioso. O... el «hombre-lobo», el ser humano durante el día y bestia sedienta de sangre por la noche. «¡Al diablo! —renegó—. Yo no soy un aldeano analfabeto para creer esas tonterías».

Bien, pensando en el lado práctico de las cosas lo que allí se imponía era pasar de la mejor forma posible el resto de la noche y a la mañana siguiente reemprender el camino.

Fue hacia el rústico armario con la esperanza de encontrar algunas ropas secas. Sólo encontró varias mantas, pero con aquella bastaba. Cogió una y fue a tumbarse no lejos de la hoguera, dispuesto a intentar conciliar el sueño.

El calor de las llamas y el ambiente de bienestar que se disfrutaba en el interior de la vivienda consiguió que poco a poco le fuera invadiendo una sensación de somnolencia hasta que llegó el momento en que los párpados se le hicieron pesados y el sueño llegó.

¿Cuánto tiempo estuvo dormido?

Un grito estridente le hizo abrir los ojos, a tiempo que sus músculos se alertaban. De un salto se puso en pie, atento a lo que pudiera ocurrir. Porque todo podía suceder en aquella noche de pesadilla.

La puerta se abrió con violencia para dar paso a una figura humana. Paul, rápidamente, se agachó cogiendo de la chimenea un leño encendido por uno de sus extremos. Era su única arma de defensa.

Pero con la misma celeridad con que lo había tomado, lo dejó caer cuando distinguió al intruso. Que no era tal sino, «intrusa».

Una mujer. Una muchacha rubia, con la larga cabellera suelta, una expresión de horror estampada en sus bellas facciones y los ojos desorbitados por el pánico. Paul, en aquella noche creía haber agotado su capacidad de asombro, pero no era así. Asombrado miró de hito en hito a la desconocida, sin pronunciar palabra. Un primer examen le demostró encontrarse ante una auténtica belleza femenina. El agua había empapado sus ropas, pegándolas al cuerpo, revelando así las deliciosas curvas de éste. En cuanto al rostro semejava el reflejo de una de las clásicas «madonas» de Ticiano, tan puras eran sus facciones.

—Señorita... —sólo acertó a decir—. ¿Qué... qué le ocurre?

Ella le miró estupefacta, como si se encontrase en presencia de un fantasma. Le temblaron los labios, pero no articuló ni una sola palabra.

Paul fue hacia la puerta, cerrándola. Al volverse hacia la bella desconocida ésta continuaba en el mismo sitio, inmóvil, como si sus pies hubieran echado raíces en el piso.

—Tranquilícese, por favor... No sé qué puede ocurrirle, pero aquí

se encuentra usted a salvo.

De lo último no estaba muy seguro, pero algo había que decir para calmar la agitación de la muchacha.

—¿Quién... quién es usted?

La voz femenina era tan deliciosa como su dueña.

—Verá, señorita... Soy un caminante perdido en este bosque. Por casualidad di con la cabaña... y eso es todo. Pero acérquese usted al fuego... Está usted empapada.

—¿Un caminante? —comentó ella sin hacer caso de la recomendación de Paul—. Y... ¿qué buscaba usted por aquí...?

«Lo mismo podía preguntarle yo —pensó Paul— Porque ya resulta extraño que una linda muchacha tenga el capricho de pasear por el bosque durante la noche y con una buena tormenta encima».

Pero en lugar de expresar en voz alta sus pensamientos, optó por responder.

—No busco nada, mademoiselle. Sucede únicamente que me he perdido, ya se lo he dicho. Buscaba el Castillo.

—Pero... ¿Cómo se le ocurrió ponerse en camino durante la noche, si desconocía el bosque, monsieur?

—Oígame, eso es asunto mío.. Ahora, hágame caso. Quítese esas ropas para que se sequen. Ya tendremos tiempo de hablar.

Paul fue al armario, recogió otra manta y la entregó a la desconocida.

—Tenga. Me volveré de espaldas mientras usted se cambia...

Así lo hizo. Ella debió comprender la lógica de la recomendación porque Paul oyó el suave rumor de las ropas.

—Ya puede volverse, monsieur.

La desconocida se había cubierto el cuerpo con la manta poniendo sus vestidos en las proximidades de la chimenea. Sentada junto al hogar, las llamas iluminaban su semblante, arrancando tonalidades de oro a sus rubios cabellos.

—Bien, mademoiselle... ¿No cree que me debe una explicación?

—¿Una explicación? —se arquearon las finas y bien dibujadas cejas.

—Usted se sintió intrigada por mi presencia en esta cabaña. Y me parece que todavía es más extraño el hecho de que una muchacha ande por el bosque en una noche como esta ¿no le parece? Además cuando usted entró parecía aterrorizada.

—Le ruego que no me haga preguntas. Si insiste, me vería en la necesidad de responderle que son cosas que a usted no le conciernen en absoluto.

—Claro, claro... No me conciernen, desde luego. En otras palabras, usted no me hace preguntas a mí y yo no se las hago a usted. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Exactamente, monsieur.

—Muy bien, si así lo desea...

Flemáticamente, Paul se envolvió en su manta dando la espalda a la bella desconocida.

—Mademoiselle, yo voy a dormir. Le aconsejo que haga lo propio. No hubo ninguna respuesta.

Ante el silencio, Paul no insistió. La verdad es que, dejando aparte la indudable belleza de aquella joven, comenzaba a sentirse irritado. Por si habían sido pocos los acontecimientos de aquella noche increíble, el ciclo se cerraba con la presencia de la desconocida Misteriosa, rodeada de enigmas...

—Monsieur... —escuchó la voz de la desconocida.

—¿Decía usted?

Paul continuó en la misma postura, dándole la espalda, sin volverse para mirarla.

—Si continúa teniendo intención de dirigirse al Castillo, le diré el camino correcto. En la parte de atrás de la cabaña verá un sendero. Lo único que tiene que hacer es seguirle e irá directamente a donde desea.

—Le agradezco la información, mademoiselle.

Hubo un silencio. Paul estaba firmemente decidido a no romperlo, dejando que fuera ella quien lo hiciera. Mas su espera resultó infructuosa porque la voz femenina no volvió a dejarse oír.

El hecho de que Paul fingiera indiferencia no quería decir que no se encontrase bajo los efectos de una profunda intriga. Y más si se tiene en cuenta su profesión. Pero, precisamente por esto, sabía perfectamente que en no pocas ocasiones resulta contraproducente acosar con preguntas al presunto culpable.

—Monsieur...

—Usted dirá, mademoiselle.

—¿Qué le lleva al Castillo?

—Asuntos particulares. ¿Conoce usted a sus propietarios?

La pregunta no obtuvo respuesta y nuevamente la desconocida se encerró en el silencio. A Paul le dieron ganas de ir hacia ella, cogerla por los brazos y zarandearla a ver si así se mostraba más locuaz. Pero ¿para qué? A fin de cuentas ¿qué derecho tenía él a inmiscuirse en las vidas ajenas? Allá cada uno con sus secretos.

El cansancio y el calorcillo de la chimenea fueron factores determinantes para que Paul se durmiera. Sin darse cuenta pasó de la lucidez al sueño.

Un rayo de sol al impactar en su rostro le hizo despertar.

Al ponerse en pie lo primero que hizo fue mirar al sitio donde viera por última vez a la misteriosa desconocida. No se sorprendió mucho al comprobar que el único habitante de la cabaña era él.

Aprovechando su sueño, la muchacha había optado por marcharse.

—Era de esperar —masculló entre dientes—. Y que me maten si voy a preocuparme por eso...

Esas fueron sus palabras. Pero muy diferentes eran los pensamientos que martilleaban su cerebro. Todo lo que había ocurrido tenía la suficiente fuerza para despertar no ya su curiosidad, sino la extraña sensación de que allí, en aquella comarca, algo raro flotaba en el ambiente...

CAPITULO 6

DESPUES de una caminata de más de dos kilómetros, Paul Herblay dio vista a lo que parecía ser la meta de su viaje. Al dejar atrás la espesura del bosque se internó por una hermosa pradera salpicada de florecillas silvestres. Las humildes margaritas alternaban su color amarillo con las rojas amapolas y el luminoso sol temprano iluminaba unas y otras. Transcurrida la lóbrega noche, la luz del día era como una liberación para el alma del solitario caminante.

En el centro de la verde planicie se levantaba un edificio que, de inmediato, despertó la admiración de Paul. Al verlo, comprendió el motivo del nombre. Porque de un castillo se trataba, de un hermoso «chateau» de esbeltas torres coronadas por techos circulares de pizarra.

Llegó ante la vivienda, deteniéndose frente a la gran puerta. De repente, una gran timidez se apoderó de Paul y quedóse indeciso sin saber qué hacer.

No se veía a nadie y el silencio era absoluto, roto tan sólo por los cantos de los pájaros. En contraste con el ambiente que le rodeó la pasada noche, allí reinaba una gran paz. Todo era bello en aquel lugar de ensueño.

De su inmovilismo le sacó la figura de una mujer que apareció en la puerta. Una muchacha vestida con sencillez que se le quedó mirando con expresión de extrañeza reflejada en su agraciado semblante.

—Por favor, mademoiselle —se decidió Paul—. Desearía ver a monsieur Régulo Herblay.

—¿Al señorito Régulo? —se arquearon las finas y bien dibujadas cejas—. No sé si podrá recibirle... ¿A quién debo anunciar?

—Paul Herblay es mi nombre, mademoiselle.

La muchacha se hizo a un lado para franquear la puerta al visitante.

—Por favor... sírvase pasar, monsieur.

Siguiéndola, Paul fue a dar en una amplia estancia. Un enorme salón cuyas paredes aparecían profundamente adornadas de trofeos de caza.

—Espere un momento, monsieur.

Al quedarse solo, Paul curioseó la estancia. Se trataba del clásico salón de un castillo. Grandes alfombras cubrían el suelo, en tanto que en las paredes, alternando con los trofeos cinegéticos, podían verse costosos tapices de época. En cuanto al mobiliario, dentro de su sencillez, no costaba mucho trabajo

adivinar su costo. En una palabra, aquel sitio revelaba sin lugar a dudas que el propietario de la mansión había sido hombre de grandes recursos. «No me hago ilusiones de heredar todo esto — pensó Paul— Sería demasiada suerte...»

En sus paseos por la amplia sala fue a detenerse frente a la enorme cabeza de un lobo colgada de una pared, entre otras muestras de piezas de caza. La fiera había sido disecada por un verdadero artista a juzgar por la expresión de realidad que reflejaba. Tenía la boca abierta mostrando unos enormes colmillos y, quien fuera, tuvo el capricho de pintar parte de los mismos en color rojo, así como parte de sus fauces, seguramente con la intención de ofrecer una ilusión de sangre. «Pésimo gusto — reflexionó Paul, mirando con cierto desagrado la enorme cabeza».

De repente recordó su aventura nocturna en el bosque. Y eso le hizo fruncir el entrecejo y mirar aún con mayor aprensión a la gran cabeza lobuna. «Cuando este animal estuviera vivo debió ser toda una experiencia toparse con él —reflexionó. E instantáneamente una extraña idea asaltó su mente. Mirándole a los ojos cualquiera diría que vive...»

—Por favor, monsieur...

La voz femenina sonando a sus espaldas le hizo girar rápidamente para quedar enfrentado a la doncella.

—Si es tan amable de seguirme...

En pos de la joven, Paul atravesó el salón y cruzando una puerta fue a dar a un despacho ocupado por tres hombres. Uno de ellos se apresuró a avanzar hacia él con la mano extendida.

—Bienvenido al Castillo, primo Paul. Soy Régulo...

Paul estrechó la mano del otro, en tanto que examinaba discretamente su rostro. Se trataba de un individuo como de unos treinta y cinco años, alto y fuerte. A pesar de que una sonrisa iluminaba su semblante, a Paul no se le pasó por delante el brillo acerado de sus ojos ni los finos labios reveladores de un carácter firme, pero acaso también cruel...

—Hasta que el notario Malrose no me habló de ti no tenía ni la menor idea de que existía un pariente nuestro en París. Y, desde luego, te aseguro que me hubiera gustado más que nuestro conocimiento se produjese por un hecho menos, digamos desagradable, que la muerte del pobre tío Ronstand.

—Me encuentro en el mismo caso. Yo tampoco presumía ni por lo más remoto que tuviera familia en una comarca en la que no he estado en mi vida... Claro que, supongo que lo sabrás, mi parentesco con el tío Ronstand es bastante lejano.

—Sí, sí, pero eso no importa, primo. ¡Ah, perdóname! No te he presentado...

Régulo se volvió hacia el otro ocupante del despacho.

—El sargento Dupussy, de la Gendarmería Nacional...

«Vaya, hombre» pensó Paul. Parece que no puedo librarme de ver esta clase de uniformes.

—Un hecho desgraciado —dijo Régulo Herblay—. Esta es una comarca muy tranquila, de modo que cuando sucede algo fuera de lo normal, las gentes le conceden una gran importancia...

—Perdóneme, monsieur Régulo —se alzó la voz sonora del sargento—. Pero una muerte siempre tiene gran importancia. Y más cuando como en el caso presente concurren circunstancias algo... yo diría, especiales.

—¡Bah! Figúrate, primo Paul, por qué viene todo el jaleo. No lejos de aquí hay un manicomio, un loco se ha escapado y hace un par de noches sorprendió a un desdichado en la campiña, matándole. Y lo que digo es que, lamentando mucho el hecho, todo se reduce a capturar al demente volviéndole a encerrar.

—Me dijeron algo de eso en el pueblo —dijo Paul.

—¿Sí? —el sargento arqueó las espesas cejas—. ¿Cuándo se puso usted en camino, monsieur Herblay?

—Anoche.

—¿Anoche? —Régulo le miró sorprendido.

—Eso dije. Pero me sorprendió la tormenta, mi caballo se asustó ante un relámpago dejándome a pie... y si no es porque tuve la suerte de encontrar una cabaña en el bosque, no sé qué hubiera sido de mí.

Régulo y el sargento cambiaron una mirada entre sí.

—Supongo que sería la cabaña que yo suelo utilizar cuando emprendo alguna partida de caza, primo Paul.

—Hay algo que no entiendo, monsieur —terció el sargento Dupussy—, si en el pueblo le advirtieron de que había un loco peligroso suelto por la comarca, ¿cómo se le ocurrió a usted, desconociendo la región, emprender el viaje en plena noche? Eso fue muy peligroso, monsieur.

—Quizás —se encogió de hombros Paul—. Pero lo hice. Por cierto, me parece que ese loco causó anoche una nueva víctima...

—¿Eh?

La mirada del sargento reflejaba la impresión que le produjeron las palabras del forastero.

—Pues sí. En mí caminar por el bosque pude oír unos aullidos, o al menos eso me parecieron, luego unas risas...

—¿Qué dice usted? ¿Risas?

—Exactamente... Pero lo más importante fue que acerté a divisar a un hombre que corría como alma que lleva el diablo. Luego acerté a ver una figura borrosa que cayó sobre él... Aunque

estaba desarmado corrí hacia el sitio pero cuando llegué sólo me fue dado localizar el cuerpo de un hombre con la garganta destrozada a dentelladas... Eso es lo que creo... Estaba muerto, de modo que nada pude hacer por él...

—Monsieur —el sargento Dupussy le dirigió una mirada donde se mezclaba el asombro y el pasmo—. Es usted un hombre muy frío... muy sereno... ¡«Mon Dieu»! ¡Una nueva víctima de ese maldito loco! Claro, aullidos, risas... eso es lo que hacen los dementes. Pero éste, además, mata. ¿Podría usted localizar el sitio donde se produjo el hecho?

—No muy lejos de la cabaña. Pero como era de noche y teniendo en cuenta que desconozco todo esto, comprenderá usted que...

—Sí, sí —le interrumpió el sargento con viveza—. Lo comprendo perfectamente, monsieur.

El graduado se volvió hacia Régulo Herblay, que había permanecido en silencio durante los últimos instantes de la conversación.

—Le ruego que me perdone, monsieur Régulo. Debo regresar inmediatamente al pueblo. Es preciso, absolutamente preciso, dar una batida por el bosque y capturar a ese loco antes de que cause más daños.

—Le comprendo perfectamente, sargento. Vaya usted, vaya...

El sargento se apresuró a abandonar el despacho. Apenas lo hubo hecho, Régulo Herblay se volvió hacia el recién llegado mostrando en su semblante una expresión de alivio.

—Bueno, ya se fue ese cargante. ¿Qué quieres tomar, primo?

—Nada... O lo que sea. Cualquier cosa.

En tanto que Régulo abría un armario y procedía a sacar una botella y un par de vasos, continuó hablando:

—Sucede, primo Paul, que el pobre tío Ronstand era algo así como toda una institución en la comarca. Al ser el propietario más rico, todo el mundo le rendía pleitesía, como si fuera un rey... bueno, y un rey era, a su modo, claro. Ahora ha muerto, ese pobre sargento debe suponer que yo he heredado la corona y antes de dar un solo paso me viene con el cuento...

—Ya basta, por favor —rogó Paul viendo cómo el otro llenaba los vasos—. No acostumbro a beber mucho. Pero continúa, te lo ruego.

—¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Que aquí todo el mundo obedecía al tío Ronstand y ahora al creer que yo soy su heredero empiezan a darme el mismo tratamiento. Una majadería, porque el testamento todavía no se ha abierto y vete tú a saber qué sorpresas puede depararnos. Al fin y al cabo, tú eres una de esas

sorpresas, primo. No tenía ni la menor idea de que existía otro pariente hasta que ese viejo chivo de Malrose me lo dijo. Claro, él debe saberlo muy bien porque para eso es notario. De modo que esta hermosa finca y todo lo demás lo mismo puede ser tuyo que mío.

—Ya.

Mientras se llevaba el vaso a los labios, Paul pensó que la remota posibilidad de que él se convirtiera en propietario de la enorme hacienda no debía hacer mucha gracia al otro, a pesar de sus melosas palabras. Porque una cosa era la expresión amable de su rostro y otra muy diferente el brillo cruel de sus pupilas. Paul estaba acostumbrado a juzgar a las personas y, por tanto, no le fue muy difícil catalogar a su «primo» Régulo en el cuadro de los hombres que podrían llegar a ser peligrosos. Muy peligrosos.

—Buen vino —alabó tras de tomar el primer sorbo.

—De nuestras viñas... ¡Ah, perdona! De las viñas de la finca, porque en honor a la verdad, yo no puedo decir que sean nuestras hasta que se abra el testamento. ¿Otro vaso?

—No, con uno basta. Ya te dije que no acostumbro a beber...

—Pues haces mal —comentó Régulo en tanto que procedía a llenar nuevamente su vaso—. En la vida hay tres cosas que la hacen atrayente. El oro, las mujeres y el vino... Si tienes las tres cosas puedes decir que eres un hombre afortunado.

—Pues en este caso... puedes decir que no soy un hombre afortunado. No tengo ninguna de las tres cosas.

—¿Cómo? —Régulo arqueó las finas cejas como hombre que no puede dar crédito a lo que está oyendo—. ¿Ni oro, ni mujer... ni vino? Primo, si es así eres un caso único. Bien, pues vamos a solucionar tus carencias, hombre. Vino te puedo proporcionar todo el que quieras, en cuanto a mujeres, por lo menos puedo presentarte a una...

Se echó a reír como si él mismo se sintiera divertido con sus palabras.

—Mi hermana Florence. Y respecto al otro, pues, hombre, no hay que desesperar. A lo mejor resultas tú el heredero designado por el pobre tío Ronstand.

La parrafada la escuchó Paul sin que le causara el menor efecto. Desde el primer momento se dio perfecta cuenta que el tono desenfadado del otro no era otra cosa que una máscara, un telón que ocultaba sus verdaderos pensamientos.

—El notario Malrose me indicó que a mi llegada ya se encontraría él aquí. ¿Podría verle?

—Claro, claro, primo. Enseguida te lo presentaré.

Régulo agitó una campanilla y no pasó mucho sin que la puerta

se abriera para dar paso a la linda sirvienta, que ya conocía Paul.

—Martinique, avisa a «monsieur le notaire» de que ha llegado monsieur Herblay.

Al quedarse solo con Paul, el otro hizo un gesto significativo hacia la puerta, al tiempo que guiñaba un ojo.

—Ahí tienes la muestra de lo que te estaba diciendo. Una chica guapa Martinique.

En efecto, así es —pensó Paul, pero se abstuvo de hacer el menor comentario.

—Temo que no soy muy buen anfitrión, querido primo, pero... ¡Ah, aquí tenemos al buen notario! Adelante, adelante, Malrose.

El hombre que penetró en el despacho ya no era ningún joven. Al contrario, su aspecto revelaba con toda claridad lo lejano que ya habían quedado sus años mozos para él. Su rostro ofrecía una mezcla entre expresión de astucia y fuerte escepticismo, como muestra del hombre que ha vivido mucho y que ya se encuentra de vuelta de todo.

—El joven de París, supongo —habló con voz cascada en tanto extendía su mano hacia Paul—. Sea bienvenido. ¡Ah, sí supiera lo que me costó localizarle!

Los dedos del notario eran huesudos, como sarmientos nudosos y al entrar en contacto la mano de Paul con la del otro, la piel del forastero percibió el sudor que rezumaba la del llamado Malrose.

—Pero ya está usted aquí y no sabe lo que me alegro porque estoy deseando abrir el testamento y quitarme cargos de encima...

—Diga mejor que lo que ansia es pasarnos cuanto antes la factura por sus servicios —bromeó Régulo— ¿Cuándo procederá a la lectura, Malrose?

—Mañana si el «bon Dieu» quiere.

El ruido de la puerta al abrirse hizo que Paul volviera los ojos en aquella dirección. Apenas sus pupilas se clavaron en la persona que se disponía a penetrar en el despacho cuando tuvo que contener el grito de sorpresa que pugnaba por brotar de sus labios.

—¡Ah! —oyó la voz de Régulo—, Ya era hora que viniera. Primo Paul, te presento a mi hermana Florence.

Paul no pudo pronunciar palabra alguna, tal era su momentáneo aturdimiento. Era como si de pronto un obstáculo de gran tamaño se hubiera colocado en su garganta y hasta le costó trabajo tragar saliva.

¡Porque en la bella joven que tenía enfrente, mirándole con ojos impasibles, estaba reconociendo a la misteriosa desconocida del bosque!

CAPITULO 7

ERA noche cerrada cuando el sargento Dupussy llegó al pueblo. El sargento suspiró con alivio al dar sus primeros pasos por la mal empedrada calle principal de la pequeña población, ya que no le agradaba en absoluto atravesar el bosque después de la puesta de sol. Armado y todo cómo iba, más de una vez miró en torno suyo con la aprensión del que teme que algo malo le ocurra durante su trayecto.

Al llegar a la altura de la taberna llamó su atención un numeroso grupo de vecinos congregado ante la puerta del establecimiento. Entre ellos, gesticulando, pudo ver a su subordinado, el gendarme Romay. «¿Qué ha podido pasar?» pensó con aprensión porque a tal punto habían llegado las cosas que ya veía peligros y desastres por todas partes. De sus dudas le sacó el gendarme, aproximándose a él.

—Me alegro de que esté de vuelta, «mon sargento» —le espetó sin más preámbulos—. Aquí los ánimos están muy agitados y creo que si el «bon Dieu» no lo remedia, vamos a tener jaleos.

—¿Qué ocurre, Jules?

—Nada bueno. Resulta que la hija pequeña de Ferdinand Croix, esa mocosa de apenas once años, se marchó esta tarde al bosque para coger moras...

—¡Eh, «parbleu»! —juró Dupussy—, ¿Y cómo demonios se le ha ocurrido a su madre dejar que la «petite enfant» cometiera tal imprudencia?

—No se lo permitió, sargento. La niña se fue por las buenas, sin decírselo a su madre. Al caer la noche y como no había regresado salió un grupo de hombres a buscarla. ¡No quiero ni pensar lo que va a ocurrir como le haya sucedido una desgracia!

—No adelantemos acontecimientos —gruñó—. La niña se habrá extraviado y ya verás cómo la encuentran...

Pero en su fuero interno, ni él mismo creía en sus tranquilizadoras palabras.

A todo esto, el nutrido grupo de vecinos había rodeado a ambos miembros de la Gendarmería y todos los semblantes mostraban idéntica expresión. Una furia difícilmente contenida mezclada con la evidencia de un oculto terror.

—¿Qué hace usted, sargento, qué hace usted? —le gritó el carnicero Mulopier—. Ese loco continúa libre y a usted parece traerle sin cuidado el peligro que eso representa para todos nosotros.

—He pedido refuerzos —se disculpó Dupussy—. Y hasta que lleguen no es mucho lo que podemos hacer. Pareces olvidar que Jules y yo somos solamente dos hombres...

—Le dijimos que estábamos dispuestos a salir todos a batir el bosque de extremo a extremo y usted se negó a ello.

—¡Y sigo negándome! ¿Acaso crees que no os conozco, Louis? Hasta ahora no hay pruebas de que sea el loco el autor de las muertes...

Se mordió los labios para no continuar, pero el daño ya estaba hecho. Apenas los otros oyeron «muertes», le cubrieron de preguntas.

—¿Muertes? ¿Ha dicho usted muertes? ¿Quién ha sido ahora?

El daño ya estaba hecho y Dupussy, aunque a regañadientes, no tuvo más remedio que comunicar la mala nueva recibida en el Castillo.

—No lo sé... Un forastero me comunicó que había encontrado a un hombre muerto en el bosque...

—¡Con la garganta destrozada a dentelladas, seguro! —se exaltó el tabernero— ¡Otro más y con el pobre François ya son dos!

—¡El loco! ¡Ha sido el loco! —chilló Jean Pierre, el borracho del lugar—. ¡El loco ha matado a otro!

—¡Calla, borracho del demonio! —le empujó con violencia el sargento— ¡Estás bebido, como siempre!

—¿Y el pobre François estaba también borracho? —rugió el tabernero que era uno de los más exaltados—, ¿Y ese otro del que usted habla murió porque se hartó de vino? ¿Quién podrá ser? ¿Quién falta en el pueblo? ¡Oh, «mon Dieu»!

La última exclamación del propietario de la taberna la había motivado una pequeña comitiva que en aquellos momentos hacía su entrada en el pueblo. El sargento volvió la cabeza en aquella dirección e instantáneamente sintió cómo se le erizaban los cabellos bajo el gorro. Y es que no era para menos. Algunos pasos por delante del grueso del grupo de aldeanos caminaba un hombre llevando una niña entre sus brazos. La cabeza de la pequeña, así como sus brazos, colgaban flácidos en una postura que dio mala espina a Dupussy. En torno suyo oyó maldiciones mezcladas con rezos y fue curioso que mientras que unos apelaban al «bon Dieu», otros prorrumpieran en blasfemias.

Al sargento le temblaban las piernas cuando el grupo llegó hasta los que esperaban. Quiso dar algunos pasos y no pudo. Era como si los pies se hubieran convertido en raíces hundidas firmemente en el pavimento. A su lado, oyó la voz del gendarme Romay murmurando entrecortadamente algo que ni siquiera entendió.

Los ojos querían saltársele de las órbitas al fijarlos en la garganta de la niña. Ya había visto en otra ocasión aquellas heridas, dado que era exactamente la misma que ofreció el cuello del desventurado François.

—¿Muerta? —indagó roncamente.

El hombre que la llevaba se limitó a hacer un gesto afirmativo

con la cabeza. Otro, acaso con más valor, se encargó de informar.

—La encontramos junto a los pantanos... Tenía el cestito de moras a su lado...

Sonó un grito desgarrador y un hombre acabado de llegar se abalanzó sobre el aldeano que transportaba a la niña, pugnando por arrebatársela.

—¡Mi pobre Marie...! ¡Marie!

Era Croix, el padre de la inocente víctima. En aquel trágico momento él también parecía haber perdido el juicio. Entre gritos desgarradores cubrió de besos la pálida carita en medio de un silencio total. Nadie se atrevía a despegar los labios y tan sólo se intercambiaban miradas cargadas de espantosa rabia.

—¡Mi hijita! ¡«Ma petite enfant»!

Luego, en un arrebato de cólera espantosa, volvió su semblante deformado por el dolor hacia los hombres que le rodeaban. En fracciones de segundo el abatimiento cedió paso a una desesperada ira.

—¡Cobardes! ¡«Cochons»! ¿Qué hacemos que no salimos ahora mismo para hacer justicia? Hoy ha sido mi hija... Pero mientras ese perro rabioso esté libre, nadie... ¡nadie podrá estar a salvo de sus acechanzas!

—Eso es verdad —asintió el sargento que, por una vez, abandonó su prudencia habitual para revelar en alta voz lo que pensaba—. Es difícil controlar a todos los pequeños...

Por todas las mentes pasó idéntica visión. Imaginaron a la desdichada criatura buscando moras, cantando una tonadilla infantil, ajena por completo al terrible peligro que la amenazaba. Y después, en una escena de pesadilla, la figura odiosa del loco abalanzándose sobre la pequeña, derribándola bajo su peso y clavando sus afilados colmillos en la garganta de la indefensa niña.

Fue suficiente que una voz gritara: «¡Vamos por él!» para que de inmediato la muchedumbre de aldeanos se pusiera en movimiento. Ya les tenía sin cuidado que fuera de noche o de día ni de que el bosque fuera tenebroso. El odio les convertía en valientes. Y, animados, con la confianza que da el número, corrieron hacia sus humildes viviendas para coger las armas más heterogéneas. Hachas, hoces, guadañas, palos y cadenas, todo servía. Unos cuantos, muy pocos, portaban escopetas.

La calle se iluminó con el fuego de las antorchas. La luz lívida de las llamas rompiendo la oscuridad arrojaba sus tonos rojizos sobre la muchedumbre en movimiento.

—¡Hay que matar a esa fiera!

—¡Destruyamos la maldita Casa de Salud!

—¡Muerte a Moreau! ¡Es el culpable de lo que ha pasado!

Aquello era lo que había estado temiendo el sargento. En vano intentó calmar a los aldeanos, gritando hasta quedarse ronco. Nadie le hizo caso y si no se aparta hubiera resultado arrollado por la multitud que no atendía a súplicas ni razones.

El pueblo se había convertido en una gigantesca colmena de enfurecidas abejas. Las figuras de los hombres que portaban las antorchas corriendo hacia el campo raso semejaban una horda de demonios presidiendo un aquelarre infernal.

—¡Jules! —gritó el sargento al comprender que resultaba imposible dominar a la horda—. ¡Corre a la Casa de la Salud y previene al doctor Moreau de lo que se le echa encima! ¡Que cierre puertas y ventanas y procure aguantar hasta que lleguen los malditos refuerzos, si es que llegan! ¡Yo voy al Castillo a solicitar ayuda de monsieur Régulo...!

El gendarme tenía la cara bañada en sudor y eso que la noche era más bien fría.

—¡Corre, maldita sea! —apremió Dupussy—. ¡Si no conseguimos evitarlo estos locos serán capaces de cualquier barbaridad!

—¿Locos? —temblequeó la voz del gendarme—. Sí, parece que todos nos hemos vuelto locos...

Se habían quedado solos, ya que la masa de aldeanos corría hacia el bosque.

* * *

La horda furiosa batía el bosque como enfurecidas hormigas a las que el pie de una mala uva ha destrozado su refugio. Se habían dividido en varios grupos y estaba perfectamente claro que no se darían por satisfechos hasta haber localizado al loco causante de sus desgracias y darle lo que ellos juzgaban merecida muerte.

En la oscuridad de la noche las antorchas iluminaban los vetustos árboles, que al resplandor de las llamas, adquirían formas fantasmales.

En circunstancias normales los aldeanos hubieran sentido miedo a recorrer el bosque en aquellas horas. Tal y como se encontraban, llenos de furia por la muerte de la inocente niña, lo único que sentían era una cólera espantosa.

De vez en cuando, asustado por los gritos y el ruido infernal que producía la horda, un animalillo cruzaba raudo la floresta, huyendo de un peligro que le aterrorizaba.

De repente, los aldeanos creyeron distinguir una sombra que cruzaba velozmente ante ellos e instantáneamente el grupo se

conmocionó.

—¡Allí! ¡Allí!

Aumentó el estruendo cuando se produjo la carrera hacia el sitio sospechoso.

—¡Iluminar por aquí!

Las manos que empuñaban las hoces se crisparon sobre los mangos de las rústicas e improvisadas armas.

Los aldeanos iniciaron un movimiento de copo, en torno a unos altos matorrales donde creyeron ver refugiarse a la sombra sospechosa. Alguien arrojó una antorcha encendida y casi inmediatamente sonó un horrible alarido al tiempo que una figura humana brotaba de la floresta.

—¡Ahí está! ¡A él!

El hombre, porque de un hombre se trataba, intentó la huida, pero antes de que consiguiera internarse de nuevo en la espesa vegetación, diez o doce aldeanos habían caído sobre él, aplastándole bajo el peso del número.

—¡Ya lo tenemos! ¡Iluminar aquí!

Las llamas de las antorchas arrojaron su luz sobre una cara espantosa. Quien fuera aquel hombre ofrecía un rostro enmarcado por una espesa y enmarañada barba negra y unos cabellos larguísimos que caían sobre sus hombros. La boca abierta revelaba unos colmillos agudos bañados por una baba sanguinolenta. Pero lo peor eran los ojos, unas pupilas extraviadas que parecían carbunclos. Estaba vestido parcialmente con unos harapos que dejaban al descubierto la mayor parte de un cuerpo deforme que mostraba la piel cubierta por una hedionda suciedad. Un rugido prolongado brotaba de su garganta en tanto pugnaba por librarse de la férrea tenaza que ejercían sobre sus brazos y piernas los enfurecidos aldeanos.

—¡Maldita fiera!

Caían golpes y maldiciones sobre aquel ser humano cuya resistencia se iba debilitando por momentos.

—¡No lo matéis! —aulló el carnicero Boulanger—. ¡Por lo menos así!

—¿Qué?

—Es el loco, pero también puede ser algo peor... Recordar que a un hombre-lobo no se le puede eliminar a golpes...

Los aldeanos se miraron unos a otros, presas de un súbito terror. No habían pensado en la posibilidad que exponía el carnicero, pero ahora que la conocían su ira decrecía bastantes grados para dar paso al miedo. Más de uno miró al maltrecho demente con aprensión.

—No tenemos balas de plata —masculló uno recordando la

recomendación que indica la clase de muerte que debe dársele a un hombre caído bajo la maldición de la leyenda.

—El fuego es la única forma de purificarlo —sentenció el carnicero—. Llévemole al cementerio del Castillo. Hay una cruz que servirá.

Un rugido de aprobación coreó sus palabras. En un momento, de tal modo se apresuraron, el loco fue amarrado a un enorme palo e izado sobre la muchedumbre. Desde su alto sitio el capturado miraba a la masa de gesticulantes lugareños mientras de su garganta continuaban brotando alaridos inarticulados.

—¡Al cementerio! ¡Al cementerio!

La aulladora comitiva se puso en movimiento llevando por delante al desdichado atado al palo. Docenas de manos se elevaban amenazadoras hacia él y otras tantas gargantas dejaban brotar terribles amenazas. Las antorchas iluminaban la faz contraída del loco que en vano luchaba por soltarse de sus ligaduras.

—¡A muerte! ¡A muerte!

* * *

Al tiempo que sucedían estos hechos, una escena muy diferente se desarrollaba en la Casa de la Salud del doctor Moreau.

De no muy buena gana, porque la visita a la Casa de la Salud le resultaba muy desagradable, el gendarme Romay había cumplido el encargo que le hiciera el sargento de advertir al médico el peligro que se le echaba encima.

—¿De modo que esos majaderos se proponen asaltarme? —gruñó Moreau sin que su voz evidenciara el menor síntoma de inquietud—. Bueno, pues que vengan. Le aseguro que serán muy bien recibidos.

—Doctor, le aseguro que el asunto es muy serio. Le pido que tome las precauciones necesarias para que aquí no suceda una catástrofe.

—¡Yo haré lo que me plazca! —aulló Moreau agitando las manos en el aire. Aquellas manos que semejaban garras y que tanta aprensión producían al gendarme—, ¡Todo esto es una tontería! ¡El desdichado que se fugó es incapaz de hacerle mal a nadie! Me dice usted que una niña ha sido degollada ¿y a mí qué me importa? Es muy cómodo echarle la culpa a uno de mis pacientes. Busquen por otro lado y déjenme en paz. Esos aldeanos son unos majaderos llenos de miedos y supersticiones. Vaya, gendarme, vaya a lo que sea y no se preocupe usted por mi seguridad ni de la de mis enfermos.

El gendarme Romay comprendió que todo lo que dijera iba a

ser inútil para hacer entrar en razones a aquel energúmeno.

«Ojalá esos aldeanos reduzcan esta maldita casa a cenizas — pensó—. Desde luego, yo no pienso exponer ni un solo centímetro de mi piel para evitarlo».

* * *

El pequeño cementerio de los Herblay se levantaba a poco menos de un kilómetro del Castillo. El recinto estaba cercado por una pequeña verja de hierro y, en honor a la verdad, se mostraba bastante descuidado. En tiempos, un jardinero se ocupó de mantener limpio el terreno, segando el césped. Después, el hombre murió y su plaza nunca fue cubierta, de modo que las malas hierbas habían crecido en torno a las tumbas. Presidiendo las sepulturas se elevaba una gran cruz de piedra que correspondía a la losa bajo la cual dormía su sueño eterno el fundador de la familia, el barón Herblay, caballero en la corte de Carlos Martel, primer rey francés. Un noble del que las viejas crónicas consignaban había sido un hombre duro y cruel que causó a sus vasallos no pocos sufrimientos. Incluso dio pábulo a una leyenda según la cual, para mantenerse fuerte tenía que beber todos los días una copa de sangre humana...

A un sitio tan fúnebre fue a donde se le ocurrió al carnicero encaminar a la ululante comitiva con su prisionero. Desde luego, para lo que se proponían hacer, el lugar no podía ser más idóneo.

El loco fue izado hasta la gran cruz de piedra y amarrado a ella mediante cadenas. Quedó allí inmovilizado, a una altura suficiente para contemplar a la masa de sus torturadores, que elevaban hacia él sus rostros crispados por el odio. En su insana furia, se había mordido ferozmente los labios y la sangre escurría barbilla abajo, mezclándose con la baba que salía continuamente de su boca.

El carnicero del pueblo, convertido en cabecilla de la chusma, daba orden tras orden. Y así, unos cuantos aldeanos se apresuraron a colocar al pie de la cruz las haces de leña que previamente habían recogido en el bosque.

La escena era dantesca. En torno a la cruz se había formado un círculo de hombres, con las antorchas iluminando aquel sitio. El silencio de la noche se rompía tan sólo por el suave gemir del viento procedente del cercano bosque y los gritos y maldiciones de los habitantes del pueblo.

Al loco le habían amarrado los brazos abarcando las aspas de la cruz y su cuerpo se inclinaba ligeramente hacia adelante, como el de un hombre crucificado. Indudablemente su cerebro enfermo no podía comprender lo que estaba pasando y su reacción se limitaba

a lanzar roncos gritos que en nada se parecían a los que hubieran podido ser pronunciados por una garganta humana. Aquellos aullidos de fiera vencida contribuían a aumentar la insana ira de los aldeanos en lugar de hacerles comprender la monstruosidad del acto que se disponían a cometer.

—¡Venga, no esperemos más! —animó el carnicero.

Uno de los hombres aproximó su antorcha a los haces de leña. Instantáneamente otros tres hicieron lo propio y no tardó mucho tiempo sin que las llamas, prendiendo en las secas maderas, comenzaran a lamer las piernas del loco.

El dolor hizo que los aullidos cobraran más intensidad. Los aldeanos, como presas de otra clase de locura, recrudecieron sus insultos, comenzando a bailar en torno a la cruz. Sus figuras, unas veces iluminadas por las antorchas y otras sumiéndose en la oscuridad nocturna, semejaban demonios brotados del infierno. O miembros de un espantoso aquelarre de brujos...

Las llamas acariciaban ya más de medio cuerpo del loco. Entre el humo podía verse la cara del desgraciado, donde la espantosa tortura imprimía un gesto de terrible agonía. Y de pronto, algo debió inundar el cerebro del hombre que estaba siendo quemado vivo y los rugidos cesaron para dar paso a un estridente grito de desesperación.

—¡Madre...! ¡Madre...!

La razón volvía a la mente enferma, la razón que ya no podía beneficiarle en nada, al contrario si de algo podía servirle era para hacerle aún más doloroso su terrible final. Ahora sí que podía darse cuenta de la muerte que le habían deparado aquellos hombres que se burlaban de su tormento.

Lo que no había conseguido el doctor Moreau., lo estaban logrando las llamas. Sanaban su mente, pero aniquilaban su cuerpo.

—¡Yo no he... hecho... nada! ¡Pie... dad!

—¡Calla, fiera maldita! ¡Revienta de una vez, canalla!

—¡Mira cómo se retuerce el condenado!

—¡Arde hasta que te conviertas en cenizas, maldito!

—¡Pie... dad! —cada vez sonaba más débil la angustiada voz del condenado.

Si un testigo imparcial hubiera podido contemplar la tremenda escena es seguro de que hubiera huido de allí presa del horror. A los aldeanos les sucedía todo lo contrario. Seguían bailando y lanzando escupitajos hacia el desgraciado que se abrasaba entre las llamas.

—¡Muere, canalla!

—Es la única forma de destruir a los hombres-lobos —sentenció el

carnicero mirando con complacencia la luz donde se abrasaba el desdichado—. Que no queden ni las cenizas de su cuerpo...

CAPITULO 8

EN vano trató Paul de sorprender en los ojos de la muchacha el menor síntoma de reconocimiento. Ella se limitó a hacerle una leve inclinación de cabeza en tanto que su hermano Régulo continuaba hablando en su habitual tono de despreocupación:

—Bien, ya estamos todos reunidos. De modo que la palabra la tiene nuestro buen amigo Malrose. ¿Para quién serán los bienes del llorado tío Ronstand? ¡Ah, misterio, misterio!

—Te ruego que no tomes muy en cuenta las palabras de mi querido hermano, Paul —sonó la voz musical de la bella mujer—. Todo se lo toma a broma. Dime ¿qué tal hiciste el viaje?

—¿Eh?

La verdad era que Paul todavía no había reaccionado ante la impresión que le produjo la entrada de Florence. La miraba fijamente, casi con el deseo de admitir que no era la misma desconocida del bosque, que tan sólo se trataba de un extraordinario parecido. Pero era vana su insistencia, porque tuvo que reconocer que no existía la menor duda. Llevaba perfectamente impresas las facciones femeninas en su mente para confundirse. Era ella y no cabía darle vueltas.

Y con esta certeza le llegó la intriga. ¿Qué motivos podían haber existido para que esta linda joven ahora tan dueña de sí caminara por un bosque solitario en horas nocturnas y presa de un auténtico terror? «Eso es cosa que tendré que averiguar», pensó. Por el momento y visto que ella fingía no reconocerle, la prudencia más elemental le aconsejaba seguirle la corriente sin revelar en absoluto un conocimiento que, al parecer, ella tenía mucho interés en ocultar.

—Te preguntaba qué tal hiciste el viaje —oyó cómo ella repetía su pregunta.

—¡Ah, pues bien!

—¡Ja, ja! —rió Régulo—. Dice que bien y perdió el caballo y anduvo dando vueltas por el bosque toda la noche hasta que consiguió refugiarse en la cabaña de cazadores...

Paul no supo si fue figuración suya o si por el contrario existió realmente el chispazo que iluminó por breves segundos las pupilas femeninas.

—No debiste emprender el camino de noche, máxime desconociendo la comarca, Paul.

—Eso mismo le dije yo —hizo eco Régulo—. Pero no sé por qué me parece que nuestro primo Paul es un tanto testarudo... Y hablando de otra cosa, Florence. ¿No crees que debes hacerle los honores como señora de la casa? ¡Ah, «parbleu»! otra vez me dejé ir de ligero. Dije «señora de la casa» y que el Diablo sepa si eso lo podrás decir por

mucho tiempo...

—Por favor —rogó Paul bastante incómodo ante las frecuentes insinuaciones del otro— Estimo que mejor sería ahorrarse ese tipo de comentarios hasta que conozcamos el testamento...

—Muy sensatas palabras —elevó la voz el notario Malrose—. Sensatísimas, diría yo.

—De acuerdo —se encogió de hombros Régulo—. Te decía, Florence, que se aproxima la hora del almuerzo... Primo Paul, ¿quieres hacernos el honor de acompañarnos al comedor?

Fue una extraña comida aquella. No por las viandas, que eran inmejorables, sino por los comensales. Régulo continuaba con su tono burlón, el notario apenas si despegaba los labios, Florence se mantenía en una actitud cortés, pero un tanto fría y Paul ardiendo en deseos de encontrarse a solas con ella para intentar aclarar el enigma que le intrigaba.

El notario, después de no pocas divagaciones, acabó por axponer su deseo de entrevistarse a solas con Paul a fin de darle cuenta de las circunstancias que le habían hecho reclamarle como posible heredero del terrateniente fallecido.

Al quedarse solos ambos hermanos, reinaron unos instantes de silencio. Florence tenía la vista fija en la puerta del comedor por donde habían desaparecido Paul y el notario. En cuanto a Régulo, se ocupaba en tamborilear con sus dedos sobre la mesa en tanto que unas arrugas de preocupación habían aparecido súbitamente en su frente.

—Y bien, hermanita, ahí tienes al intruso...

Florence cambió la dirección de su mirada hacia su hermano. También ella estaba seria cuando contestó.

—No debes hablar así. Recuerda que mañana el intruso puedes serlo tú...

La cara de Régulo había sufrido una gran transformación. Su anterior gesto de despreocupación era tan sólo un recuerdo y el gesto imperante en aquel momento consistía en una mueca de evidente contrariedad.

—Pues si eso sucede, querida Florence, a ti no te irá mucho mejor —comentó con voz agria.

—¿Tú qué sabes? —fue la desconcertante respuesta—. El tío puede haberte eliminado a ti, pero no a mí... Por otra parte ¿qué temes? Nosotros llevamos viviendo en esta casa años, por lo que resulta absurdo que el tío fuera a desheredarnos para favorecer a un pariente al que ni siquiera conocía.

Régulo se puso en pie y comenzó a dar nerviosos paseos por la estancia.

—No nos engañemos, querida hermana. Sabes de sobra que el

tío nunca me quiso. Por qué me mantenía junto a él es cosa que ignoro, pero que me aborrecía es un hecho cierto.

Tanto como el que yo le pagase con la misma moneda. Puedes estar segura de que estaba deseando que se muriese. Pero la verdad, yo nunca conté con este pariente que nos ha llovido del cielo. Ese miserable notario jamás me habló de él.

—Lo que no quiere decir que no existiese. Te agrade o no, aquí lo tienes dispuesto a pedir su parte en la herencia.

Régulo se detuvo y sus facciones se distorsionaron en un gesto de odio infinito.

—Veremos si yo le doy tiempo para ello —silbó a través de sus apretados labios.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Matarlo?

—No dramatices, por favor, hermanita. La palabra «matar» no me agrada.

De súbito, la muchacha cambió su tono glacial por otro cargado de pasión. Con un ágil movimiento se puso en pie para quedar enfrentada a su hermano, revelando así su magnífica figura.

—Te creo capaz de eso y mucho más, Régulo. Eres malo y cruel. Pero te lo advierto, no te atrevas a tocar ni un solo pelo de la ropa de ese hombre. Si lo haces, me tendrás en contra tuya.

—¿Ah, sí? ¿Y eso es tan temible para mí?

Con la agilidad de una serpiente al atacar, la mano derecha de él salió disparada para asir un brazo de la muchacha. Y lo hizo con tanta fuerza que un grito de dolor escapó de los labios femeninos.

—Oyeme, hermanita. Yo no tengo necesidad alguna de matar a ese inoportuno. Si llega a ser necesario, de eso se encargarán otras fuerzas... Unas fuerzas contra las que no tendrá defensa posible.

La presión de la mano se hizo tan violenta que ella se vio obligada a caer de rodillas.

—Y por tu bien te lo digo, Florence. No se te ocurra interponerte en mi camino...

Abrió la mano, pero de sus ojos no desapareció la expresión de crueldad. La muchacha se puso en pie, con los labios fuertemente apretados, mirándole con miedo. Pero también con cierta determinación.

—Régulo ¿que ha sido de Valery, el guardabosque?

El semblante de Régulo se contrajo de tal forma que ella se echó hacia atrás, impresionada por el odio que reflejaba la faz de su hermano.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Ayer por la mañana salió del Castillo y todavía no ha regresado.

—Habrá tenido que hacer en otra parte. Eso es cosa que no

debe preocuparte.

—Pero...

—¡Ya basta! —cortó con violencia Régulo—. Tengo demasiadas cosas en las que pensar para ocuparme de los sirvientes.

Con aquello dio por terminada su conversación, abandonando la estancia con un fuerte portazo. Florence, al quedar sola, fue a sentarse en una butaca, ocultando el rostro entre ambas manos. Era inútil que intentara revestirse de un valor que estaba muy lejos de sentir. Ahora que Régulo se había ausentado, podía dar suelta a su verdadero estado de ánimos. La insinuación que su hermano efectuó sobre determinadas fuerzas llevaba el horror a su corazón...

Por su parte. Régulo caminaba silenciosamente por un largo corredor. Al llegar frente a una puerta la abrió, saliendo a una estancia desprovista de muebles. Allí, inclinándose, tiró de una argolla de hierro para dejar expuesta la abertura de una trampa. Sosteniendo con una mano el candelabro con el que iluminaba sus pasos, apoyó la otra en el pavimento y con infinito cuidado se dejó caer sobre los escalones de piedra que se hundían en la profundidad de la tierra. Al llegar al final se encontró en un corredor angosto cuyas paredes rezumaban humedad

Sólo se oía el rumor de las pisadas de Régulo. De vez en cuando algún goterón caía del techo impactando sobre el pavimento.

De repente el corredor se llenó con el eco escalofriante de unas risas extrañas. Era como si aquellos sonidos brotaran de la garganta de un ser de pesadilla, de lo que fuera, menos de una garganta humana. A cualquiera, por templados que tuviera sus nervios, las siniestras carcajadas le harían estremecer de horror. Régulo no solamente no se inmutó sino que una leve sonrisa entreabrió sus labios al tiempo que una luz de maldad brillaba en sus pupilas.

—Paciencia, viejo barón. Pronto te daré suelta de tu encierro para que dejes sentir tu presencia entre unos cuantos inoportunos...

Y su risa fue a fundirse con la otra, aquella que semejaba ser producida por la misma boca del demonio...

* * *

Lo que el viejo notario tuviera que decirle era cosa que ignoraba Paul Herblay. En el despacho, Malrose le indicó el gran butacón que había detrás de la mesa, en tanto que él comenzaba a dar nerviosos paseos de un lado a otro.

Paul tomó asiento y esperó a que fuera el anciano quien

rompiera el silencio, cosa que ocurrió segundos después:

—Monsieur Herblay, comprendo su extrañeza al recibir mi carta y enterarse de su parentesco con un hombre tan rico como el difunto Ronstand Herblay.

—Ciertamente, así fue —se limitó a contestar Paul.

—Hace tiempo que el fallecido señor del Castillo me encargó abrir una investigación por toda Francia, a fin de comprobar si existían otros parientes suyos aparte de Régulo y su hermana Florence. Tardé meses en la tarea, pero al fin el resultado fue que el único existente era usted... Con un parentesco lejano, es cierto, pero parentesco al fin. Hice averiguaciones sobre usted y se las comuniqué a su tío, quien se alegró mucho al saber que usted era un joven honrado y de conducta intachable.

—Le supongo enterado de mi profesión, monsieur Mal-rose.

El notario asintió con la cabeza.

—Naturalmente. Y vea lo que son las cosas, me alegro mucho de ello. Porque aquí están sucediendo cosas muy raras y estimo que se hace imprescindible iniciar una investigación.

—¿Una investigación? — Paul arqueó las cejas.

—Eso he dicho. ¿De qué se extraña? ¿Acaso no se ha enterado de los últimos acontecimientos? ¿No le dijeron en el pueblo que había habido un asesinato? Un hombre apareció muerto, con la garganta abierta y el sargento de la Gendarmería lo único que se le ocurre es echarle la culpa a un loco que se fugó de la Casa de la Salud...

—Precisamente fue en el pueblo donde me advirtieron que ese loco era muy peligroso.

—¡Pamplinas, monsieur Herblay! —exclamó el notario—. Yo estoy seguro de que se trata de algo muchísimo más serio que el estúpido crimen de un loco. Usted es policía...

—Un momento —cortó Paul—. Presto mis servicios en la Seguridad Nacional, es cierto. Pero tenga usted en cuenta que eso es en París. Hay mucha diferencia entre los delitos ciudadanos y aquellos otros que se producen en el ámbito rural. Además, yo estoy aquí con carácter completamente particular... Y por otra parte ¿qué le hace a usted sospechar que ese crimen del que me habla no ha sido cometido por el loco?

Una sonrisa maliciosa se dibujó en el semblante arrugado del viejo.

—¡Si sólo fuera eso! —exclamó—. Pero es que hay otras cosas... Cosas horribles que le hacen a uno estremecerse.

—Por ejemplo, un hombre muerto en el bosque con la garganta abierta a dentelladas —dijo fríamente Paul—, Y no me estoy refiriendo al primero, sino a otro...

—¿Qué?

Concisamente Paul puso en conocimiento del notario la siniestra escena de la que fue forzado espectador durante la noche que pasó en el bosque. Malrose le escuchó atentamente y cuando el joven terminó de hablar, gruesos goterones de sudor escurrían por su frente.

—¡«Mon Dieu»! —gimió—. ¡Otro! Y ¿quién habrá podido ser? Estos crímenes no me los explico... Se trata de sencillos aldeanos y ¿qué tienen ellos que ver con...?

Se detuvo súbitamente, como temeroso de seguir exponiendo en voz alta sus pensamientos.

—Esta comarca está llena de supersticiosos, monsieur Herblay. Aquí se cree en la leyenda de los hombres-lobos y cosas como esas...

—Los hombres-lobos no existen —rechazó Paul con energía.

—No, no existen —le hizo eco el notario pero en el tono de su voz Paul creyó sorprender cierta duda. Era como si hubiera hablado sin excesiva convicción en sus palabras—. Pero sí que existió el Barón...

—¿De quién me está usted hablando?

—De un antepasado suyo. Del primer noble de la familia, el Barón Herblay, un hombre que vivió hace más de seiscientos años...

—¿Pero qué está usted diciendo?

—Pues eso. El Barón Herblay fue un hombre terrible, según las crónicas de la época. Dicen que todas las noches tenía que beberse una copa llena de sangre humana para seguir viviendo... Se cuenta que en su Castillo cometía horrendos hechos... Que disfrutaba torturando a seres humanos... Que a veces él mismo les abría a mordiscos las gargantas a las víctimas para beberse la sangre que manaba a borbotones... Y que todos estos horrores los cometía entre carcajadas, riéndose del sufrimiento de los desgraciados a los que torturaba...

Por la mente de Paul pasó el recuerdo de la noche en el bosque. Lo que estaba oyendo traía a su memoria el diabólico sonido de las risas inexplicables que escuchó en aquella desagradable jornada. Evocó también al hombre muerto con la garganta destrozada.

—Lo cierto es que yo oí esas diabólicas risas —comentó en alta voz, revelando de esta forma sus pensamientos.

Oírle y palidecer todo fue uno en el viejo notario. Casi con ojos extraviados miró a Paul balbuceando:

—¿Que usted... ha oído risas...?

—En efecto —asintió de mala gana el joven, molesto consigo

mismo por haber exteriorizado sus pensamientos en viva voz—. En el bosque, un poco antes de encontrar el cadáver de aquel desgraciado...

—¡Que el «bon Dieu» nos ampare! —gimió el notario—. Todo esto es más terrible aún de lo que yo pensaba.

—¿Pero adónde quiere ir usted a parar? —se malhumoró Paul—. ¿Acaso intenta usted convencerme que esos crímenes los ha cometido ese Barón demoniaco que murió hace más de seiscientos años? «Monsieur le notarie» ¿cree usted en fantasmas y todas esas tonterías? ¿Pretende usted decirme que el espectro de ese individuo abandona su tumba por las noches y se dedica a vagar por el bosque para abrirle la garganta a la gente al sólo objeto de beberse su sangre? Monsieur, recuerde que estamos en el siglo XIX...

El viejo se le quedó mirando, temblándole los labios.

—Usted es muy joven —masculló—. Y, por tanto, incrédulo. Pero yo le digo que aquí suceden cosas... Como las que ocurrieron en el pasado... Aquí mismo, monsieur Herblay, en este castillo.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye... Este castillo lo mandó edificar el primer Barón Herblay, el monstruo del que hablan las crónicas... Claro que con el tiempo se fue deteriorando y hubo que hacer obras de restauración... Pero los subterráneos son los mismos... Las mazmorras donde se torturaba a los infelices... Usted no me creerá, pero en una ocasión oí las diabólicas risas del Barón que venían de los subterráneos...

—¡Por favor, «monsieur le notarie»! —cortó ligeramente irritado Paul—. Si ese individuo murió hace más de medio siglo veo muy difícil que pueda reírse...

—Lo que yo no sé es si realmente murió o todavía vive —fue la asombrosa respuesta que hizo fruncir el entrecejo a Paul Herblay—. Además, usted mismo ha reconocido que oyó en el bosque las diabólicas carcajadas.

—Bueno ¿y qué? Pudo ser el loco... Porque por más que usted lo intente no va a convencerme de que el espectro o lo que sea de mi famoso antepasado anda rondando por la comarca abriendo gargantas a dentelladas y bebiendo sangre ajena. De modo que, si le parece, le agradecería que hablásemos de otra cosa, si es que tiene algo más que decirme.

—Claro que tengo mucho más que decirle. Se trata del fallecimiento de su tío, el pobre monsieur Ronstand.

—¿Qué pasa con eso? ¿También hay algo extraordinario en que un hombre de su edad fallezca?

—Pues usted juzgará...

El notario, en sus nerviosos paseos, fue a dar detrás de la alta butaca que ocupaba Paul, de modo que éste le perdió de vista y hasta él sólo llegó el sonido de su voz.

—Lo que tengo que decirle es muy grave, monsieur —continuó Malrose—. Y precisamente aquí es donde me alegro muchísimo de que usted sea un policía de París.

—¿Sí? ¿Por qué?

Malrose continuó sus cortos paseos detrás de Paul. En un momento dado se detuvo adosando sus espaldas a la pared que en aquel sitio estaba forrada de madera formando cuadros.

—Verá, monsieur —bajó la voz el notario, como temeroso de que alguien pudiera escucharle—. Tengo para mí que su tío no murió de muerte natural...

Detrás del notario una gran parte de la pared giró suavemente revelando un gran hueco. Aparecieron dos manos enguantadas de negro que fueron a asir al viejo por la garganta, atrayéndolo hacia la oscuridad. El notario trató de resistir, pero sentía cómo el aire le faltaba de sus pulmones y al abrir la boca no dejó escapar sonido alguno. Los ojos, desorbitados, se clavaban en el respaldo de la butaca que ocupaba Paul, como si pretendiera transmitirle un desesperado mensaje. Pero era inútil porque el joven, al darle la espalda, no podía verle. Silenciosamente las manos atrajeron al viejo notario hasta el hueco haciéndole desaparecer en él. Luego, sin un solo ruido, el panel de madera se cerró, quedando la pared exactamente igual que antes.

—¿Y bien? —instó Paul extrañado por el silencio del notario—. Continúe usted, monsieur Malrose. ¿Qué le hace sospechar que mi tío no falleció de muerte natural?

Corno es lógico no hubo la menor señal de que el notario hubiera captado su pregunta. Silencio absoluto.

Extrañado, Paul se levantó de su asiento y dio media vuelta para mirar al sitio donde creía se encontraba el anciano.

—Pero... ¿qué demonios...?

En vano miró la estancia sin dejarse ni un milímetro cuadrado sin observar. Allí no había ni rastro del notario. Era como si nunca se hubiera encontrado en aquel lugar.

—Pero... ¿por dónde ha podido salir? —se preguntó Paul totalmente desconcertado—. La puerta estaba frente a mí de modo que por allí era imposible pasar sin que yo lo viera... Estaba a mis espaldas, pero ahí no hay ventanas. Tan solo la pared...

Lo que no había conseguido la siniestra historia del notario sobre el primer Barón Herblay, lo logró su misteriosa desaparición: llevar la intriga y la inquietud al ánimo de Paul. Lo que había ocurrido era algo que en vano trataba de explicarse.

Las personas no desaparecen así como así.

Durante unos instantes Paul permaneció inmóvil, ligeramente aturdido ante un hecho que en vano trataba de explicarse.

El ruido que hizo la puerta del despacho al abrirse le hizo girar su cabeza en aquella dirección. Su entrecejo se frunció aún más al reconocer a la bella muchacha que se disponía a penetrar en la estancia. Fue a hablar, pero se detuvo al ver cómo ella se llevaba un dedo a los labios recomendando silencio.

CAPITULO 9

FUE un espectáculo dantesco el que se ofreció a la horrorizada mirada del sargento Dupussy.

No le había resultado muy difícil seguir la pista de los aldeanos hasta llegar al cementerio de los Herblay. Pero cuando dio vista al fúnebre recinto, ya era tarde para evitar la espantosa muerte del loco fugado de la Casa de la Salud del doctor Moreau.

El sargento sintió como se le erizaban los cabellos al contemplar el espectáculo. En torno a la gran cruz que se elevaba sobre la tumba del primer Barón Herblay se elevaban las llamas y en ocasiones, cuando la fuerza del viento alejaba momentáneamente el humo, podía verse algo que semejaba una figura humana.

La luz rojiza del fuego iluminaba fugazmente el corro de exaltados aldeanos bailando en torno a la cruz, aullando como demonios escapados del infierno.

—¡Bestias! —gritó el sargento agarrando por un brazo al hombre que tenía más a mano—, ¡Malditas bestias! ¿Qué habéis hecho?

El individuo aquel se encaró con el gendarme, mirándole con ojos feroces.

—¡Hemos acabado con el loco asesino! —rugió—. ¡Esa fiera ya no volverá a matar a ninguna niña ¡nocente!

Dupussy levantó la mano para golpearle, pero detuvo su acción al comprender que nada ganaría con pegar al lugareño.

—Habéis cometido un asesinato —tartamudeó—. Y la ley os pedirá cuentas en su momento...

Mientras hablaba, sus ojos, como fascinados, no podían separarse del hombre que ardía en la hoguera. Ya era muy tarde para hacer nada en favor del desgraciado.

El panadero Boulanger se acercó al sargento y aunque la noche era más bien fría, mostraba la frente empapada de sudor.

—Ya lo ve, sargento. Hemos tenido que ser nosotros quien acabemos con esa fiera, porque si estamos esperando a que sea usted...

—Y estaréis muy orgullosos de vuestra hazaña. ¿Es que no os bastaba, brutos, cogerle y entregárselo al doctor Moreau?

—¡No! —chilló otro del grupo—. Muerto el perro se acabó la rabia, ya sabe...

—¡Y qué muerte le habéis dado, animales! ¿Era también necesario quemarle vivo?

—Claro que sí —afirmó con energía el panadero—. Porque en esa maldita Casa de Salud es donde se encierran todos los

hombres-lobos de la comarca. Ese canalla de Moreau dice que son personas faltas de juicio, pero nosotros sabemos la verdad... Y cuando uno agarra a un hombre-lobo, sólo puede estar tranquilo si se le quema. Una bala o una puñalada no significan nada... Hay que destruir su cuerpo hasta convertirlo en cenizas.

El sargento miró con estupor al panadero. Había esperado cualquier cosa menos aquello. Que le sacaran a relucir la leyenda de los hombres-lobos era algo con lo que no había contado. «Y lo peor —caviló— es que esta gente cree en eso a cierra ojos. ¡Lo que me faltaba!»

—Está bien —gruñó—. Regresemos al pueblo y ya veremos cómo se arregla esto. Algún castigo os caerá encima, por bestias. No vayáis a creer que se quema así como así a una persona por loca que esté.

—¿Regresar al pueblo? —el panadero lo miró como si hubiera oído un enorme disparate—. Nada de eso, sargento. Hemos empezado la obra y la terminaremos.

—¿Qué obra, animal? —se encrespó Dupussy mirando con ira la cetrina faz del cabecilla.

—Destruir hasta los cimientos la casa del doctor Moreau. Eso es lo que vamos a hacer. Si quiere mantener locos que se los lleve a otro sitio. Aquí, no.

—¡Los que habéis perdido el juicio sois vosotros! —estalló el sargento notando cómo la cabeza le zumbaba tan sólo al pensar lo que podía ocurrir si aquellos energúmenos seguían adelante en su insensata idea—. ¡No tolero motines, Boulanger! ¡Todos de regreso al pueblo, he dicho!

Por toda contestación obtuvo una burlona mirada del panadero.

—Márchese usted, sargento, y se evitará quebraderos de cabeza.

Dupussy comprendió que en el estado de ánimo en que se encontraba aquella gente, todas sus palabras para convencerles de que debían desistir de su proyecto iban a resultar inútiles. Quiso hacer valer su autoridad adoptando un tono bravucón en tanto que su mano descendía hasta la funda donde portaba la pistola de reglamento.

—¡Basta de tonterías! ¡Al pueblo todos o...!

—¿O qué?

Tres o cuatro hombres que se encontraban a su espalda cayeron sobre él, derribándole de bruces. Por más que intentó resistirse no logró zafarse de las manos de sus captores. En cuestión de segundos se vio despojado de su pistola.

—Sargento, no se meta en esto —oyó la amenazadora voz del panadero—. Estése quieto y luego ya verá cómo nos agradece que

hayamos resuelto lo de la maldita Casa de Salud...

—¡Soltadme, bestias!

—Muy bien. Usted ya no tiene ningún arma y nosotros somos más de cincuenta hombres. Si permanece al margen, nada le ocurrirá. De lo contrario, todo puede suceder porque estamos dispuestos a que ni usted ni nadie impida que llevemos a la práctica nuestros designios.

Echando espumarajos de rabia, el sargento se puso en pie, fulminando a los aldeanos con la mirada.

—¡Brutos, pagaréis muy caro esto! —rugió, pero nadie le hizo el menor caso.

Impotente, tuvo que contemplar cómo el grupo de aldeanos se alejaba gritando como energúmenos y blandiendo sus rústicas armas en forma amenazadora. Durante algún tiempo pudo ver el flamear de las antorchas. Luego, nada... Se quedó solo, rodeado por el silencio.

Su única esperanza radicaba en el Castillo. Correr hacia la gran mansión para solicitar la ayuda de monsieur Régulo...

* * *

En la Casa de Salud, el gendarme Romay no estaba pasando mejor rato que su superior. No había visto quemar a nadie, ni tuvo que enfrentarse con medio centenar de enfurecidos aldeanos, pero sí tenía que soportar la presencia del doctor Moreau, cosa que tampoco resultaba muy agradable de llevar. El carácter del viejo doctor era de lo más desagradable que pudiera darse y no dejaba pasar ocasión de zaherir al gendarme con burlas e injurias mal disimuladas.

—¿Conque los aldeanos van a asaltarme? ¿Y qué me harán vamos a ver? Y, naturalmente, usted ha venido para defenderme. Por tanto, contando con su valentía, ya no tengo nada que temer... ¡Ja, ja!

El gendarme Romay sintió un repentino odio hacia el viejo médico y por su gusto lo hubiera enviado al diablo, marchándose de aquel repugnante establecimiento. Pero recordó las órdenes del sargento Dupussy y contuvo su ira.

—¿Quiere usted que visitemos la instalación? —oyó como le proponía el director de la Casa de Salud.

—Le digo que no es necesario —tartamudeó el gendarme.

—Sí que lo es. Así se dará usted una perfecta idea de lo infundado de sus temores sobre la peligrosidad de mis pacientes.

—He dicho que no —tornó a rechazar Romay.

—¿No? Bueno, entonces entretendremos el rato hablando de cosas intrascendentes...

¿Qué entendería el doctor Moreau como «cosas

intrascendentes?»

Desde que abrió la boca sus palabras estuvieron cargadas de motivos a cual más desagradables. Habló de la «estúpida», —así la enjuició—, tradición de los hombres-lobos, tan común en aquella región. Y trazó un cuadro tan real que el gendarme se sintió a punto de vomitar. «Vea usted, gendarme Romay, eso de los hombres-lobos tiene su interés. Imagínese que usted va de noche por el bosque, sin nadie que le acompañe, rodeado del más completo silencio. La noche, hay que decirlo, es tenebrosa y el bosque tiene algo de amenazador que no podría precisarse, pero que existe. Usted camina con precaución, y aunque no lo quiera, sus pensamientos vuelan hacia el mito del hombre-lobo. Un pequeño ruido suena a su izquierda... Mira y no ve nada, pero le asalta un escalofrío de temor... En la noche y en aquel lugar todo es posible. De pronto oye un aullido quejumbroso... Luego, confusamente acierta a ver una masa oscura que cae sobre usted... Vislumbra una faz horrenda y unos largos colmillos...

El doctor abrió la boca mostrando sus propios dientes ante la horrorizada mirada del gendarme.

—El miedo paraliza sus miembros y no acierta a resistirse. Nota cómo su garganta es brutalmente desgarrada en tanto que en sus oídos repercuten unos gruñidos de fiera... Unas manos, que son garras, laceran su cara... Se siente morir entre la niebla de su cerebro...

—Pero ¿por qué me cuenta a mí todo eso? —gritó el gendarme.

—Se lo diré. Como usted me parece un tanto descreído, le convendría recordarlo cuando se marche de aquí y para regresar al pueblo tenga que atravesar el bosque de noche... y solo.

Si antes había sentido aborrecimiento por Moreau, ahora el gendarme Romay se llenó de odio contra aquel sujeto. Algo le avisaba que el otro se estaba burlando descaradamente de él.

—¡Váyase usted al diablo! —tronó el gendarme perdida ya la paciencia—. Lo mejor será que se calle y me deje en paz. Parece usted un cuervo, doctor.

—Pues lo que son las cosas, los cuervos son animalitos que me gustan mucho. Comen carroña y todo eso... y se alimentan de cadáveres. ¿Se ha imaginado usted el banquete que se darían los cuervos a costa suya si esta noche algo le sucediera en el bosque?

Romay iba a contestar de mala manera cuando un grito le impidió hacerlo.

—¡Doctor! ¡Doctor!

El médico miró al gendarme y se encogió de hombros.

—Bueno, amigo, me parece que ahí llegan nuestros visitantes.

—¡Y el sargento sin venir con la ayuda que me prometió!

—¿Ayuda? ¡No hace falta para nada!

—¿Que no?

—En absoluto. Me basto y sobro para poner en fuga a esa chusma —aseguró Moreau muy tranquilo—. ¿Sabe lo que voy a hacer? Dejaré en libertad a todos mis pacientes...

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye —repitió el médico—. No pienso arriesgar la vida de mis sirvientes. Tampoco quiero liarme a tiros con esos insensatos. Suelto a mis pacientes y allá se las arreglen entre ellos. Yo siempre estoy justificado. Si me pide cuentas la ley, la cosa está clarísima. Los aldeanos asaltaron mi casa, se armó un buen lío y en el desbarajuste, los pacientes escaparon. Ya ve qué sencillo.

—¡Pero usted no puede hacer eso! —protestó el gendarme—. Tal y como viene esa gente matarán a los locos.

—¿Y a mí qué? —replicó Moreau con una sonrisa de ferocidad—. Oiga algo que puede que se lo explique todo. La mayoría de mis pacientes están aquí recluidos porque estorban a su parientes. Incluso más de uno es dueño de una bonita fortuna... Si alguien se los quita de en medio, nadie los va a llorar. Al revés, incluso puede que esos parientes se sientan muy agradecidos por el estorbo que les elimino... Además y para que usted se entere. Hay tantos locos en el mundo que aunque mueran unos cuantos esta noche, mañana mismo ya tendré llenas sus habitaciones con otros nuevos... Esos idiotas que llegan ¿no quieren locos? ¡Pues yo les voy a dar todos los que deseen y alguno más! ¡Ja, ja! Venga conmigo, gendarme.

Poco menos que a rastras Moreau sacó al gendarme del despacho, empujándole por un estrecho corredor tan húmedo como la estancia que acababan de abandonar.

Dos sirvientes se aproximaron. Ambos mostraban en sus semblantes evidentes síntomas de alarma.

—Doctor, la casa está rodeada de hombres... No hacen otra cosa que gritar, pero su actitud no es nada tranquilizadora...

—Lo sé, lo sé —repuso fríamente Moreau—. Y de eso quería hablarlos. Oyeme, Noel...

El médico se inclinó para hablarle al oído a uno de los individuos. Lo que éste oyó motivó su alarma porque un gesto de estupor y miedo se reflejó en su rostro.

—Doctor... —balbuceó—. ¿De veras quiere que hagamos eso?

—Sí, hombre, sí... ¡Anda y no pierdas tiempo!

—¿Qué le ha ordenado usted a ese hombre, doctor? —quiso saber el gendarme Romay sospechando lo peor.

—Ya lo sabrá... Venga conmigo, que el espectáculo merecerá la

pena...

El gendarme se asomó a una ventana. Y lo que vio hizo que se le erizaran los cabellos. La oscuridad de la noche se rompía por las llamas de numerosas antorchas que iluminaban una espesa masa humana. Mentalmente maldijo con todas sus fuerzas a su superior, el sargento Dupussy. «¿Qué cree ese "cochón" que puedo hacer para impedir la catástrofe?»

Una piedra se estrelló contra los cristales haciéndolos añicos y algunos pedazos dieron en la cara del gendarme, que se apresuró a retroceder llevándose las manos al rostro.

—No sea valiente, gendarme —oyó la burlona voz del médico—. Este asunto corre de mi cuenta...

CAPITULO 10

PAUL, atento a la seña efectuada por la bella muchacha, mantuvo sus labios cerrados hasta que ella estuvo a su lado. Entonces musitó:

—¿De qué se trata, prima Florence?

La ironía que encerraba el tratamiento dado no pareció afectar a la joven, cuyo semblante continuó expresando una profunda gravedad.

—¿Por qué has venido? —susurró—. Has sido un imprudente... Y lo mejor que puedes hacer es marcharte cuanto antes. Eso es lo que quería decirte... Regresa a París... ¡Vete y olvida todo esto!

—¿Que me marche? Florence, no te entiendo. Hay una herencia por medio, ¿o es que no lo recuerdas?

—¿Qué significa más para ti, el dinero o la vida?

Paul la cogió por los brazos, encarándose con ella. Estaba harto de misterios y quería aclarar de una vez su situación en aquella casa.

—Dejemos eso, Florence. Hay otra cosa que me preocupa más... ¿Acaso no has reparado en la ausencia del notario? Debía estar conmigo... Y, como ves, brilla por su ausencia.

Por primera vez, ella pareció darse cuenta de la soledad de Paul. Un gesto de extrañeza se dibujó en su semblante e inquirió:

—¿Dónde ha ido? En realidad, yo quería que él estuviera también presente en nuestra conversación...

—Ya. Pues mira lo que son las cosas, prima, el buen notario ha desaparecido.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Esfumado, volatizado o como quieras llamarlo. Estaba hablando detrás de mí, de pronto dejé de oírle y cuando me volví ya no había ni rastros de él... ¿Qué tienes que decirme con respecto a eso? ¿Acaso es que en esta mansión la gente se vuelve invisible a voluntad?

La reacción que se operó en el bello rostro de ella fue tan fuerte que Paul se sintió impresionado. El horror marcó su huella en las facciones femeninas y los ojos de Florence revelaron el espantoso miedo que debía dominarla. Le temblaron los labios y tuvo que realizar un esfuerzo para decir.

—¿Qué... qué dices?

—La verdad. Que desapareció como por arte de magia. ¿Tú qué opinas de semejante fenómeno?

Lo que opinaba la muchacha lo revelaba claramente su actitud.

—¡Vete, Paul, vete cuanto antes de aquí!

—No será sin que antes se hayan aclarado muchas cosas. Vamos a

ver... ¿Qué hacías anoche por el bosque? ¿Cuál era la causa de tu terror cuando entraste en aquella cabaña?

—Yo... Tenía miedo...

—Miedo ¿de qué?

—Régulo... Había soltado al Barón... Yo fui al bosque intentando impedir que...

La mención que ella hizo del primer Barón Herblay, aquel siniestro personaje de la antigüedad, hizo que Paul frunciera el entrecejo.

—¿El Barón?

—Sí... Vive en los subterráneos... Es malvado y cruel, siempre sediento de sangre... Sólo Régulo puede dominar- le... Tú le oíste anoche en el bosque... Cómo se reía mientras mataba a aquel pobre hombre...

—¡Pero yo no puedo admitir semejante historia! —exclamó Paul irritado—. Soy un hombre de ciudad y esas leyendas me resultan imposibles de tragar... Tienes que comprenderlo, Florence...

Era verdad. En su mente no cabía la idea de la existencia de un feroz asesino con más de seiscientos años de antigüedad dedicado a matar a la gente para beberse su sangre. Y, sin embargo, también era cierto que se veía obligado a admitir que él oyó las siniestras carcajadas y que encontró el cadáver de un hombre con la garganta destrozada.

—A pesar de todo, yo no puedo creerlo —murmuró Paul como hablando consigo mismo.

Florence iba a decir algo cuando una voz meliflua partiendo desde la puerta del despacho llegó hasta ambos ocupantes de la estancia.

—¿Hablando de vuestras cosas, eh?

La muchacha se volvió rápidamente y al reconocer al intruso se llevó una mano a la boca, ahogando el grito que pugnaba por salir de sus labios. Por su parte, Paul fijó su ceñuda mirada en la faz cínica de Régulo.

—¿Y dónde está nuestro buen notario?

La pregunta del recién llegado motivó la rápida respuesta de Paul.

—¿Es que no lo sabes?

Si pensó desconcertar a Régulo se llevó una decepción porque el otro se encogió tranquilamente de hombros, sin que variase absolutamente nada su expresión de cínica desenvoltura.

—¿Cómo lo voy a saber, querido primo? Se encerró contigo en el despacho, ¿no? ¿Adónde ha ido?

«Al infierno», estuvo tentado de contestar Paul.

—Eso es lo que yo quisiera saber —replicó mirando fijamente a Régulo—. Desapareció, eso es todo.

—¿Cómo que desapareció?

—Pues lo que te digo. Estaba yo sentado en ese sillón —señaló Paul— y él detrás de modo que no podía verle. Dejó de hablar y cuando me volví... ¡Nada!

—Pero, hombre, nadie desaparece así como así. Se marcharía y tú, distraído, no te diste cuenta. No pudo suceder otra cosa.

—De acuerdo, quizás sucediera lo que dices —afirmó Paul convencido de que su insistencia no iba a conducir a nada práctico. Bien se daba cuenta de que el otro no creía sus afirmaciones y que todo lo que se hablara sobre el extraño suceso no iba a conducir a ninguna parte. Que Régulo y su hermana pensarán lo que quisieran. Por su parte él estaba dispuesto a hacer algunas averiguaciones por su cuenta y cuanto menos supieran los otros de sus proyectos, mucho mejor.

—Estimo que estás un tanto alterado, querido primo —moduló untuosamente Régulo—. Pienso que quizás te viniera bien un rato de reposo. ¿Quieres retirarte a tu aposento?

—Me parece una excelente idea. Posiblemente sucede que me encuentro algo cansado y eso me hace ver cosas que no existen.

—Yo mismo te acompañaré a tu habitación —se ofreció Régulo.

Paul miró a la muchacha, pero ésta desvió rápidamente sus ojos de él encerrándose en un hosco silencio.

Salieron del despacho y al atravesar el gran salón cuyas paredes aparecían cubiertas de trofeos de caza, Paul comentó:

—Parece que nuestro tío era muy aficionado a la cinegética.

—¿El? No, hombre, el pobre tío Ronstand jamás cazó otra cosa que palomas y faisanes —rió Régulo—, Soy yo... Todos esos trofeos los conseguí en mis viajes por Africa.

En aquel momento se cruzaron con Martinique, la joven y bella sirvienta.

—¡Ah, Martinique! —exclamó Régulo—, Me alegro de verte porque te estábamos necesitando. Acompaña a monsieur Paul a su aposento. ¿Quieres algo de mí, primo?

—No, nada.

—Entonces descansa a gusto y no te preocupes del viejo notario. Seguro que anda por ahí.

Régulo los siguió con los ojos mientras Paul y su acompañante subían las grandes escaleras que conducían al piso superior. Apenas se quedó solo con su hermana, se volvió hacia ésta cambiando rápidamente de expresión. Su anterior indiferencia dio paso a un gesto ceñudo y malhumorado.

—¿Qué hablabas con ese imbécil, Florence? ¡Vamos, dímelo!

—Nada... Nada de importancia —balbuceó ella evitando mirarle a la cara.

—Florence, no cometas una tontería —advirtió él—. Te advertí que lo mejor para todos era que no intimaras con ese intruso.

—Me contaba lo del pobre monsieur Malrose...

—¡Bah! —rió Régulo—. ¿Acaso crees una sola palabra de esa historia tan tonta? ¿En qué cabeza cabe que el notario se volatizara en el aire?

—Pero no estaba en el despacho... ¿Dónde está, entonces?

—¡Y yo qué sé! —gruñó Régulo—, Búscalo y pregúntaselo a él. Florence, por última vez te lo advierto. No te mezcles en lo que no entiendes. Y ahora, perdóname, pero tengo que hacer en otra parte.

Al quedarse sola, la muchacha lanzó un gemido. La angustia la dominaba. Un terror cada vez mayor invadía su ánimo y a calmarlo no vino precisamente la ojeada que lanzó en torno suyo. Fue la suya una mirada medrosa, como si temiera que ocurriera algo, algo que no podía precisar pero no por eso menos espantoso. Sus ojos fueron recorriendo las paredes cubiertas por los trofeos de caza hasta detenerse en la gran cabeza de lobo que ya llamara la atención de Paul Herblay cuando el joven pisó por vez primera el salón.

—¡No puedo seguir callando! —exclamó, desesperada—. Mi silencio puede ser una condena de muerte para él...

Miedo a callar, pero terror también a exponer en alta voz los horrores que presentía...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó extendiendo ambos brazos con movimiento espasmódico—. ¡Oh, Señor! ¿Quedarán así para siempre estas cosas?

* * *

Paul recorrió con la vista la estancia que le había sido destinada. Un sencillo dormitorio que, al menos en apariencia, no tenía nada de particular.

Pero la joven sirvienta le estaba hablando mostrándole su rostro, más pálido que un cadáver. Había entrado detrás de él caminando de puntillas. Su mirada parecía enloquecida por el terror y pronunciaba las palabras con voz trémula, ronca, en un tono muy bajo. ¿Qué le decía? Paul pudo escuchar algunas palabras entrecortadas.

—Monsieur... gracias al «bon Dieu»... que puedo hablarle a solas... Yo he querido advertirle... Mi padre... Oí cómo usted decía que... encontró un hombre muerto... en el bosque... Mi padre es el guarda... falta desde hace dos días...

—Por favor, explíquese mejor... Temo que no acabo de

entenderla —rogó Paul impresionado por el miedo que reflejaban las pupilas femeninas.

—Todo esto... monsieur... Mi padre, antes de marcharse, me dijo...

De repente la joven sirvienta se detuvo, giró sobre sí misma y mirando hacia la puerta lanzó un grito inarticulado. Antes de que Paul pudiera evitarlo corrió hacia la salida abandonando el dormitorio.

Por unos instantes Paul Herblay permaneció inmóvil, intentando comprender qué habría querido decirle la sirvienta. Luego hasta él llegó un grito de horror y angustia; después, tras un silencio, siguió el rumor de un extraño jadeo, mezclado con sordos gemidos de dolor. Paul abandonó violentamente el dormitorio y abriendo la puerta salió al corredor. No vio a nadie. El largo pasillo estaba en una semipenumbra y en silencio.

Súbitamente decidido regresó al dormitorio y apoderándose de un candelabro de tres velones tornó al corredor dirigiéndose hacia las escaleras que conducían al gran salón. Allí dirigió sus pasos hacia el despacho-biblioteca donde desapareciera el viejo notario. Procurando hacer el menor ruido posible, abrió la puerta, adentrándose en la estancia.

Depositó el candelabro sobre la mesa de modo que la habitación quedase iluminada y apartando el sillón, tanteó la pared allí en donde había estado paseando el anciano. Sus primeros intentos se vieron coronados por el fracaso. Pero no se desanimó, continuando en su tarea hasta que sus dedos tropezaron con algo que parecía ser un pequeño saliente. Lo oprimió e instantáneamente se abrió un hueco en la pared, revelando una oquedad lo suficientemente grande para dar paso a un hombre.

Tomó el candelabro iluminando el hueco. La luz de los velones dejó al descubierto unos escalones de piedra. Sin dudarlo, Paul inició la bajada.

La escalera, muy angosta, le llevó hasta un corredor, estrecho y húmedo. Siguiéndolo, Paul fue a dar en lo que parecía ser una cripta. El aire viciado hacía que los velones brillaran pero casi sin llama. En los muros de la cripta se alineaban restos humanos, empotrados unos con otros mediante argamasa, semejantes a los que se encuentran en las catacumbas de Roma. Tres lados de aquella cripta mostraban tales adornos. Del cuarto lado habían sido retirados los huesos que formaban un revoltijo en el suelo en un montón de cierto volumen. En el muro así descubierto había otra cripta, más pequeña, de unos seis pies de profundidad.

Y allí, precisamente allí, fue donde Paul pudo contemplar algo

que hizo erizarse sus cabellos. Por muy dueño que fuese de su sangre fría, lo que estaba viendo era más que suficiente para alterar los nervios al hombre más templado. La débil luz de los velones iluminaba una figura humana amarrada a la pared por medio de fuertes argollas. Una figura patética y triste, cuya cabeza caía desmayadamente sobre su pecho.

Era el notario Malrose. Con un esfuerzo terrible de voluntad, Paul consiguió serenarse avanzando hasta quedar enfrentado al hombre sujeto al muro. Colocó una de sus manos en el pecho de Malrose y no percibió el menor latido del corazón. Por otra parte, el rostro estaba lívido, con el color cerúleo de los cadáveres. Y en su garganta podían apreciarse claramente unas huellas amoratadas, como si unas manos de gigante hubieran apretado en aquel lugar hasta estrangularle.

Bien, allí tenía desvelado el misterio de la desaparición del viejo notario. Alguien se había encargado de asesinarle, pero ¿por qué?

No tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre el caso porque un apagado gemido que sonó hacia su derecha le hizo volver rápidamente la cabeza en aquella dirección. Vio entonces lo que parecía ser el inicio de otro corredor y hacia allí encaminó sus pasos.

Esta segunda galería era todavía más angosta y húmeda que la primera. El techo rezumaba agua que caía sobre la cabeza de Paul, amenazando con apagar las llamas de los velones.

Fue a dar a otra cripta, algo más pequeña que la anterior. Allí el aire era más puro evidenciando que en alguna parte debía existir un respiradero.

En el centro del recinto podía verse una gran lápida sobre la que se elevaba una cruz de piedra. Y era precisamente en tal sitio donde se mostraba una figura de mujer, amarrados sus brazos a las espas de la cruz y sus pies a la base de la misma.

Paul elevó el candelabro para que la luz de los velones arrojara su claridad sobre el rostro de la desdichada. No se sorprendió mucho porque en su fuero interno ya había imaginado de quién se trataba: Martinique, la joven sirvienta.

Al quedar frente a ella pudo ver su desnudo pecho mostrando la piel ensangrentada. Tenía la cabeza ladeada sobre su hombro izquierdo, los ojos cerrados y el largo y lustroso pelo cayéndole sobre el rostro, ocultando parte del mismo.

Mientras sostenía el candelabro con la mano derecha, Paul utilizó la izquierda para comprobar si latía el corazón de la joven. Aliviado, percibió cómo ésta mantenía el hálito de la vida. Para desatlarla de la cruz, Paul depositó el candelabro sobre la gran

lápida y entonces fue cuando pudo leer la inscripción grabada en la misma. Decía así:

«Henri-Paul de Herblay, primer barón de Herblay». Una segunda línea, bajo la primera rezaba en latín lo que seguramente fue la divisa del hombre que yacía allí enterrado: «Pestius eram vivus... moriens tua mors ero». Paul entornó los ojos en tanto traducía mentalmente: «Funesto era vivo... muerto seré tu muerte».

Irguiéndose, Paul procedió a soltar de la cruz a la joven sirvienta, depositándola con cuidado sobre la gran losa. Estaba arrodillado junto a ella, observándola, con atención cuando sintió una mano posándose sobre su hombro. Al girar la cabeza y elevar la mirada pudo reconocer a Florence Herblay.

—Fui a tu dormitorio y lo encontré vacío. Imaginé tus intenciones cuando en el despacho vi la puerta secreta abierta... ¡Oh, Paul, has cometido una locura!

—Y me has seguido hasta aquí —dijo él, levantándose—. Tú sabías la existencia de este subterráneo, claro... Supongo que habrás visto al pobre notario...

El rostro de la muchacha tenía el color de la cera. Era evidente que era presa del miedo y que sólo gracias a un gran esfuerzo de voluntad se mantenía en pie.

—Y ahora aquí tienes a esta pobre chica —señaló Paul el cuerpo desvanecido de Martinique—. Ha tenido más suerte que el notario porque todavía vive... Pero es indudable que la misma persona que mató al viejo fue la que la trajo hasta este sitio con la idea de hacerla morir también. Espero que no me irás a decir que todo esto es obra de ese antepasado nuestro que yace bajo esa losa...

—El Barón Herblay —musitó Florence después de sufrir un estremecimiento—. En el cementerio hay una tumba y una gran cruz con una inscripción que asegura que yace allí... y aquí hay otra... Nadie hemos sabido jamás el motivo de dos tumbas para la misma persona... El tío Ronstand decía que es aquí donde está verdaderamente su cuerpo... Que fue el mismo Barón quien eligió este sitio para su sepultura... Pero jamás supo explicarme, ni explicarse, el motivo de la otra... El suponía que lo hizo para ponerse a salvo de una posible profanación...

—Bien, eso es lo que menos importa —cortó Paul— Da lo mismo el sitio donde esté enterrado ese sujeto. Tengo la seguridad de que la muerte del notario y el estado de esta pobre chica se debe a alguien que vive y respira lo mismo que nosotros y no a esa antigualla convertida en momia desde hace seiscientos años. Y tú también lo sabes, Florence, de forma que lo mejor que puedes

hacer es decírmelo y acabar de una vez con tanto misterio.

En lugar de contestar la muchacha hurgó en su amplio vestido, sacando algo que ofreció a Paul Herblay.

—Toma... Cogí esto para ti... Has sido un imprudente al aventurarte por estas galerías desarmado...

Los asombrados ojos de Paul se fijaron en el objeto. Era una pequeña pistola de dos cañones.

—Supongo que estará cargada con balas de plata —dijo con ironía— ya que si tengo que utilizarla contra ese ser de ultratumba que ronda por aquí...

No pudo seguir hablando porque en aquel momento el sombrío recinto se llenó con el siniestro concierto de una serie de horrendas risas. Eran unas carcajadas infernales, algo tan aterrador que hasta Paul sintió cómo se le erizaba el vello en su piel. La bóveda de piedra de la cripta recogía el infernal concierto arrojando el eco sobre la pareja.

En un momento en el que Paul fijó sus ojos en el semblante de su compañera lo encontró desencajado, con las pupilas dilatadas por el horror.

—¡Oh, «mon Dieu»! —gimió la muchacha—. ¡Es el Barón que viene por nosotros!

Seiscientos años antes un monstruo con apariencia humana había sido enterrado allí mismo...

CAPITULO 11

TROPEZANDO, cayéndose en algunas ocasiones, el sargento Dupussy corría desalado hacia el Castillo con el pensamiento puesto en lo que pudiera estar ocurriendo en la Casa de Salud del doctor Moreau...

Los lugareños habían iniciado el asalto al viejo caserón dispuesto a no dejar piedra sobre piedra. Obcecados por los viejos mitos y leyendas, borrachos algunos, excitados por su acción anterior al quemar vivo el desdichado demente, los aldeanos se habían convertido en una horda furiosa que sólo anhelaba sangre. Los que tenían escopetas disparaban contra las ventanas de la vieja casona y cada tiro iba acompañado de una rociada de feroces amenazas. Algunas antorchas hábilmente arrojadas cayeron sobre el tejado y eran varios los sitios en donde se iniciaba el fulgor del incendio.

Ante el curso que iban tomando los acontecimientos vino a resultar que la insensata idea del doctor Moreau de soltar a los locos ya no fue una medida extravagante sino una necesidad, dado que el incremento del incendio hacía imposible la permanencia en el caserón. El humo, espeso y negruzco, al penetrar por las ventanas —cuyos cristales habían sido rotos a pedradas—, amenazaba con asfixiar a los ocupantes de la mansión. Por si algo faltaba para convertir el interior del edificio en un infierno, el estruendo exterior y, sobre todo, las llamas, enloquecían aún más a los dementes. El caserón se llenaba de gritos espantosos, aullidos tan terribles que hacían estremecer al gendarme Romay que en tales circunstancias permanecía atontado sin saber qué resolución tomar.

Como en sueños se vio empujado hacia la salida, mezclado con cuidadores y locos, todos revueltos en espantoso revoltijo. Confusamente logró divisar al viejo doctor Moreau. En aquel momento, el médico parecía haber perdido también el juicio y los gritos que daba en nada se diferenciaban de los que salían de las gargantas de sus internados.

Mirando a la cara de estos últimos sentía cómo la sangre se le helaba en las venas. Ni en sueños pudo imaginar jamás que llegaría un día en el que se viera inmerso en aquel horror. La pesadilla más horrible hubiera resultado una dulzura comparada con la realidad.

Afuera los recibió una granizada de piedras y no pocas descargas de perdigones. Pero aquello en lugar de hacer retroceder a los locos consiguió exactamente todo lo contrario. Aullando como fieras se lanzaron contra los aldeanos y en un

momento unos y otros se habían mezclado en una lucha desesperada.

El gendarme Romay fue arrollado violentamente. Antes de caer en el polvo pudo ver a Moreau luchando con todas sus fuerzas para mantenerse en pie. La cara del viejo médico en nada se parecía a una faz humana. Romay nunca supo si fue una realidad o producto de su enloquecida mente, pero la última visión que tuvo de Moreau fue la de una fiera rabiosa... Se había abrazado a un aldeano y entre rugidos inarticulados, sus largos y agudos dientes buscaban con ansia la garganta del hombre.

Los aldeanos, cuando conseguían aturdir a los dementes, los llevaban en volandas hasta la mansión incendiada, arrojándolos a las llamas. Se cumplía así las recomendaciones que constaban en las viejas leyendas. Aquellos seres malditos tenían que ser convertidos en cenizas para que sus almas, sobreviviendo a la muerte, no quedaran libres y más tarde se vengaran de sus torturadores. El cuerpo del doctor Moreau cuya cara se había convertido en una máscara de sangre corrió tal suerte y su cuerpo, al caer sobre las llamas, levantó una lluvia de chispas.

* * *

En el Castillo estaba sucediendo una escena muy diferente pero no por eso menos aterradora.

Al oír el grito de la horrorizada muchacha, Paul Herblay levantó la mano armada con la pistola que ella le entregara unos momentos antes. Las risas demoniacas cada vez estaban más cerca.

Surgiendo del corredor apareció el ser que producía las risas y, al verle, Paul lo comprendió todo,

Al principio lo tomó por un enorme perro, pero luego conforme se aproximaba pudo reconocer claramente la característica de aquel animal!. Se lo reveló la faz repulsiva y las manchas de su cuerpo.

¡Era una hiena!

¡Todo quedaba explicado! ¡Allí, por tanto, no existía absolutamente nada extraterrenal!

Todo era de una simplicidad aterradora.

Una gigantesca hiena manchada, tan común en el continente africano. Una fiera feroz y repulsiva que no ladra, ni aúlla... ¡Ríe! Cualquiera que haya visitado la selva de Africa habrá podido oír las carcajadas de este animal carroñero. Una bestia que no sólo destroza a dentelladas la garganta de sus víctimas sino que bebe su sangre...

La muchacha se había abrazado a Paul y éste podía percibir

claramente el temblor que agitaba su esbelto cuerpo.

La abominable fiera estaba ya casi encima de ellos. Paul levantó la mano armada y sin una sola vacilación apretó el gatillo de la pistola, alojando una bala en el cráneo de la bestia. Su puntería fue tan certera que el hediondo animal cayó fulminado por un rayo.

—Cálmate, Florence. Ya ha pasado todo...

Ella fijó sus aterrorizadas pupilas en el cuerpo sin vida de la hiena.

—Has matado al Barón —susurró—. Lo has matado...

—¿Cómo? —se extrañó Paul— ¿Esa mala bestia es el Barón?

—Sí... —temblequeó la voz femenina—. Régulo lo trajo de uno de sus viajes a Africa... Es una hiena macho y yo no sé si por humor sardónico le puso el nombre del primer Herblay...

—¡Vaya! ¿De modo que cada vez que te referías al célebre Barón lo hacías pensando en esta fiera?

—Sí... Así era...

—¡Y yo que creía que se trataba del tipo ese que aquí ya yace enterrado! ¡Cualquiera iba a pensar que tu hermano tuviera encerrada a una hiena en esta casa y que la bautizara con el nombre de nuestro antepasado! Pero todavía hay cosas que no comprendo...

—Pues yo te las explicaré, querido primo.

La voz sonando a sus espaldas les hizo girar en aquella dirección para ver a Régulo que los contemplaba fríamente, manteniendo una pistola en su mano derecha.

—Veo que has matado al Barón. Y lo siento, porque le tenía cariño a ese animal... En fin, comenzaré por el principio. Como comprenderás, este animal no podía permanecer encerrado continuamente en los subterráneos. Lo sacaba por las noches para que tomara el aire y correteara por el bosque... La muerte de aquel aldeano, el tal François, fue algo accidental. El animalito se me escapó y la mala suerte del individuo hizo lo demás. Otra noche tampoco pude impedir que atacara a una mocosa del pueblo. La culpa la tuvo su estúpida madre, que le permitió vagar por el bosque... El fulano que tú encontraste muerto era el guardabosque del Castillo, Valery, el padre de esa idiota...

El cañón de la pistola que manejaba Régulo señaló el cuerpo de la joven sirvienta Martinique, que seguía sobre la losa privada del conocimiento.

—Valery sabía más cosas de mí de las que hubiera sido prudente. Te diré que al tío Ronstand lo maté yo... Utilicé el procedimiento de empujarle desde lo alto de la escalera para que se desnucase y todo quedara como un accidente. Estaba harto de

él. Pero me jugó una mala partida con el testamento, porque dejaba heredera a Florence en una mitad y la otra era para ti... Fíjate si me aborrecía que le dejaba la mitad de su fortuna a un sobrino al que ni siquiera conocía, que eres tú...

Régulo dejó oír una corta risita antes de continuar.

—Yo le robé el testamento al notario. Pero él debía sospechar algo y por eso quiso hablarte a solas. Naturalmente yo no se lo iba a permitir, de modo que intervine cuando estabais en el despacho... Y luego lo maté porque, y eso es evidente, a los que tienen la lengua suelta lo mejor es silenciársela... ¿Qué por qué hice que el Barón matase al guardabosque? Te lo voy a decir, querido primo. El muy estúpido vio cómo yo empujaba al tío Ronstand escaleras abajo y fue tan necio que pretendió hacerme víctima de un chantaje. Le cité en el bosque por la noche planeando que mi animalito le ajustara las cuentas. Como así fue... Pero lo que yo no sabía era que mi hermanita había escuchado la cita... y como también ella tenía sus sospechas intentó evitarle a Valery el mal trago de verse con mi hiena... Una tontería, Florence, que pudo costarte cara.

Paul miró a la muchacha que continuaba a su lado, agarrada a su brazo.

—Y por eso llegaste a aquella cabaña presa del terror cuando comprobaste que llegabas tarde para impedir la brutal hazaña de tu hermanito, ¿no es eso?

Ella asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—¡Hay que ver lo que un hombre tiene que hacer para apoderarse de lo que considera suyo! —siguió burlonamente Régulo—. Porque las cosas se complicaron con esa imbécil —volvió a señalar el cuerpo inmóvil de la sirvienta—. Resulta que su padre le había comunicado lo que vio, es decir, cómo yo liquidaba al tío Ronstand... El miedo la mantuvo en silencio hasta que se alarmó con la prolongada ausencia del autor de sus días. Y eso la empujó a querer soltar la lengua... a decirte todo lo que sabía, primo Paul. Como es lógico, yo que no soy un cretino, la espiaba y pude intervenir a tiempo. La traje aquí y no la maté porque me pareció más divertido dejar que el Barón se encargara de ella. Como así hubiera sucedido de no llegar vosotros dos para meter las narices en lo que no os importaba...

—¿Cómo que no me importaba? —dijo Paul—. Por lo que voy deduciendo también entraba en tus planes quitarme de en medio.

—Claro —afirmó cínicamente el otro—. ¿Qué puedes esperar, hombre? Yo nunca dudo en eliminar estorbos.

—¿Y qué esperas conseguir con todo esto?

—¿Eres tan tonto que no lo adivinas? Destruiré el testamento y entonces los herederos serán los parientes más cercanos del pobre tío Ronstand, es decir, Florence y yo. Naturalmente no soy tan bárbaro como para asesinar a mi propia hermana, pero ya me cuidaré yo de que ella viva sometida a mi voluntad y haga lo que a mí me parezca... De todo este asunto, lo único que siento es la muerte de mi pobre hiena. Me venía muy bien para aterrorizar con sus risas a los aldeanos cada vez que a mí me convenía... Yo era el primer interesado en mantener vivo el terror hacia nuestro antepasado, aquel primer Barón Herblay que se pudre ahí abajo... ¡Ja, ja!

Régulo hizo un gesto como indicando que, terminadas las explicaciones, ya sólo quedaba rematar su canallesca obra quitando de en medio a Paul Herblay.

—Bueno, primo Paul, siento que tu estancia entre nosotros sea tan corta. Tu cadáver se quedará aquí abajo en unión del de Martinique y el notario, junto a los huesos de las víctimas del primer Barón Herblay... Así que...

Paul vio cómo el dedo del asesino se curvaba sobre el gatillo del arma que empuñaba. Su reacción fue instantánea al empujar violentamente a Florence a un lado, al tiempo que dejándose caer de rodillas disparaba contra el criminal.

El balazo de Paul alcanzó a Régulo en plena cabeza, tal fue la puntería del primero.

Como por milagro apareció un orificio en la frente del siniestro individuo al tiempo que se desplomaba pesadamente sobre las frías losas del pavimento.

Paul dejó caer la pistola y acercándose a Florence la elevó, manteniéndola estrechada contra su pecho.

—Nada tienes que temer, Florence... Todo ha pasado...

El cuerpo de ella se sacudía por los sollozos.

—Cálmate, te lo ruego —dijo él acariciando sus cabellos—, Cálmate... Ya es tiempo de que salgamos de aquí y atendamos a la pobre Martinique...

* * *

Unos meses después, la paz había vuelto a la comarca. Nada recordaba los sangrientos sucesos ocurridos excepto las ruinas calcinadas de lo que fue Casa de Salud del doctor Moreau.

Paul Herblay y Florence, unidos en matrimonio, procuraban olvidar unos hechos que tanta incidencia tuvieron en sus vidas.

Las víctimas inocentes de Régulo, aquel monstruo de ambición, yacían enterradas durmiendo su sueño eterno. François, la primera de ellas, la inocente niña, el desventurado guardabosque,

el notario Malrose, el doctor Moreau y los desdichados dementes...

Pero, poco a poco, todos fueron olvidados ante la seguridad de que, fuera de noche o de día, nadie tenía que temer al atravesar el bosque.

Las siniestras carcajadas de horror y muerte no volvieron a oírse jamás...

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

LA REENCARNACION.
LUTERO
LA NIGROMANCIA.
DRACULA.
BRUJOS E ILUMINADOS.
EN TRANCE.
LAS HUELLAS DE
LA MALDICION
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENNA DE MUERTE.
VAMPIRISMO.
FUEGO PURIFICADOR.
VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.
LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.
EL JUICIO FINAL.
VUDU. SANTERIA
MACUMBA.
VISION MEDIUMNICA.
EL F.B.I.
HOMOSEXUALES
Y LESBIANAS.
EL HORROR NAZI.
LA HONORABLE TRATA.
LOS TEMPLARIOS.
EL AÑO 2001.

Pídalos en su kiosko habitual 

Distribuidores exclusivos en América:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36Th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. **30** PTS.